

MATERIALES PARA EL ESTUDIO DE LA ASIGNATURA
“HISTORIA ANTIGUA”
GRADO EN HISTORIA DEL ARTE

SÍNTESIS DE HISTORIA POLÍTICA
ROMA ANTIGUA



PROF. FERNANDO ECHEVERRÍA REY
DEPARTAMENTO DE PREHISTORIA, HISTORIA ANTIGUA Y
ARQUEOLOGÍA
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

2020

Fernando Echeverría Rey (fecheverria@ucm.es)

Asignatura: “Historia Antigua”

Título: Grado en Historia del Arte

Índice de contenidos

Introducción	3
1. La Monarquía (753-509 a.C.)	4
1.1. Rómulo, la fundación de Roma y los reyes latinos (753-617 a.C.)	4
1.2. Los reyes etruscos y el fin de la monarquía (617-509 a.C.)	5
2. La República (509-27 a.C.)	7
2.1. La Temprana República (509-272 a.C.)	7
2.2. La Media Republica (272-133 a.C.)	9
2.3. La Tardía República (133-27 a.C.)	11
3. Augusto y la transición hacia el Imperio (27 a.C. – 68 d.C.)	16
3.1. Augusto (27 a.C. – 14 d.C.)	16
3.2. Los Julio-Claudios (14-68)	17
4. El Alto Imperio (68-285)	19
4.1. Los Flavios (69-96)	19
4.2. Los Antoninos (96-192)	20
4.3. Los Severos (192-235)	21
4.4. La anarquía militar (235-285)	23
5. El Bajo Imperio (285-476)	24
5.1. La Tetrarquía (285-312)	24
5.2. Los Constantinianos (312-363)	25
5.3. Los Valentinianos (363-392)	25
5.4. Los Teodosianos (378-457)	26
5.5. Los últimos emperadores de Occidente (455-476)	27

INTRODUCCIÓN

El conocimiento del Mundo Antiguo es esencial en cualquier disciplina de fundamento histórico, y particularmente en la Historia del Arte, con el fin de comprender no solo las propias etapas y culturas de la Antigüedad por sí mismas, sino también su influencia cultural, intelectual y artística, su pervivencia, a través de los sucesivos periodos y hasta la actualidad. El Mundo Antiguo reviste, además, dificultades particulares para su aproximación por parte de los estudiantes: por un lado, la considerable distancia histórica, que aumenta la extrañeza y la falta de comprensión e identificación, y por otro lado el absoluto y generalizado desconocimiento de periodos y ámbitos enteros de la Antigüedad para el gran público, eclipsados por episodios y figuras de mayor popularidad como Alejandro Magno, Julio César o los faraones egipcios.

La asignatura, por tanto, plantea un necesario repaso introductorio al Mundo Antiguo con el fin de, por una parte, derribar los mitos y prejuicios existentes sobre las sociedades antiguas y, por otra parte, proporcionar al alumno los fundamentos básicos de la disciplina, como la cronología y la periodización, las fuentes, la geografía, la estructura social y económica, el funcionamiento de las instituciones y relaciones políticas, el sistema de creencias, o las principales figuras históricas. Sin embargo, puesto que el ámbito cronológico cubierto teóricamente por la asignatura son aproximadamente 3.500 años, desde ca. 3.000 a.C. hasta ca. 500 d.C., esos fundamentos deben ser por fuerza muy esquemáticos y superficiales. La historia política, esencial para comprender el funcionamiento del poder, la toma de decisiones y las relaciones entre comunidades en el Mundo Antiguo, es uno de los segmentos más extensos y por tanto más complejos de sintetizar y abarcar en el contexto de una asignatura cuatrimestral.

Con el fin de facilitar esa tarea a los estudiantes, este cuaderno proporciona una síntesis ordenada e introductoria de los principales periodos, procesos y eventos históricos de la historia de la Roma antigua. Se trata de una narrativa esquemática que pretende proporcionar datos coherentes y homogéneos para todos los alumnos y servir de fundamento a posteriores lecturas y a una mayor profundización individual. Los términos y expresiones subrayados o en negrita son, naturalmente, de especial importancia para el seguimiento de la asignatura.

La presente síntesis se basa en los siguientes manuales generales:

López-Barja, P. y Lomas-Salmonete, F.J. 2004, *Historia de Roma*, Madrid.

Mangas, J. 1999, *Historia Universal, vol. 1B. Edad Antigua: Roma*, Barcelona.

Roldán, J.M. 2002, *Historia de Roma*, Salamanca.

Fernando Echeverría Rey

Madrid, 2020

LA MONARQUÍA (753-509 a.C.)

La primera fase de la historia de Roma es un periodo oscuro y muy problemático. Los romanos de épocas posteriores asumían haber estado gobernados por una especie de “reyes” (*reges*) en esa época, y con el paso del tiempo elaboraron detalladas tradiciones que supuestamente recogían los acontecimientos desde la fundación de la ciudad hasta la proclamación de la República. Todas esas tradiciones, sin embargo, aparecen en fuentes tardías (muy poco se conserva procedente del propio periodo monárquico) y fueron al parecer profundamente deformadas (cuando no completamente inventadas), por lo que son escasamente fiables por si mismas para conocer la historia de Roma. Los historiadores recientes han tratado de contrastar esas tradiciones (conservadas en las fuentes literarias) con la información procedente de la Arqueología, y el resultado ha sido un creciente descrédito y abandono de los relatos tradicionales sobre la historia del periodo monárquico y la búsqueda de reconstrucciones alternativas. La mayor parte de los investigadores, sin embargo, se inclina por aceptar como válidos determinados datos y fragmentos transmitidos por las fuentes, por lo que en general se tiende a enmendar o “corregir” la tradición sobre la monarquía romana, y no a abandonarla por completo.

Los relatos tradicionales, por lo tanto, son la base sobre la que se construyen las interpretaciones modernas, pero carecen por si mismos de fiabilidad histórica. **En este apartado se recogerán dichos relatos literarios** con el fin de aportar la información básica para comprender tales interpretaciones modernas (que serán presentadas en clase). La tradición presenta una compleja serie de eventos en una secuencia cronológica relativa a los que en época moderna se ha dado fechas absolutas convencionales. Todas las fechas de este apartado son tradicionales.

1.1. Rómulo, la fundación de Roma y los reyes latinos (753-617 a.C.)

Según la tradición, Roma fue fundada por un líder local llamado Rómulo que se convirtió así en su primer rey. Los romanos situaron la fundación de forma convencional en 753 a.C. y enlazaron esa tradición local con otras de origen griego, emparentando así a Rómulo con el héroe troyano Eneas: exiliado tras la guerra de Troya (1184 a.C.), **Eneas** recala en el Lacio, se casa con Lavinia, hija del rey local, Latino, y funda la ciudad de *Lavinium*. Su hijo **Iulo** (llamado también Ascanio) fundaría una nueva ciudad en el Lacio, *Alba Longa*, que gobernarían sus descendientes durante generaciones (los llamados “reyes albanos”). En una de esas generaciones, los hermanos Númerito y Amulio disputaron por el poder y el pequeño (Amulio) desterró al mayor y legítimo rey (Númerito) y mató a todos sus descendientes salvo a una hija, Rea Silvia, a la que obligó a asumir el sacerdocio vestal; el dios Marte, sin embargo, la poseyó y ella alumbró una pareja de gemelos, **Rómulo y Remo**, que fueron abandonados en una cesta en el Tíber para salvarlos de Amulio. Los gemelos fueron amamantados por una loba y criados por pastores, y al crecer regresaron a *Alba Longa* para destronar a Amulio y restaurar a su abuelo Númerito en el trono.

La Fundación. Rómulo y Remo abandonaron *Alba Longa* y buscaron un lugar propio para gobernar en la zona en la que habían sido encontrados y criados por los pastores. Después de disputar por la ubicación idónea, Rómulo trazó con un arado el límite de la nueva ciudad (*pomerium*) y prohibió cruzar el surco durante la realización de los ritos; su hermano desafió la prohibición y desató una disputa que acabó con su muerte. Rómulo se convirtió así en gobernante único de una ciudad a la que llamó Roma.

Rómulo (753-717 a.C.). La ciudad se convirtió en un refugio (*asylum*) para proscritos, bandidos y pastores, pero carecía de mujeres, así que los romanos decidieron raptarlas a los vecinos sabinos. El rapto, llevado a cabo durante unas fiestas, supuso el estallido de una guerra contra los sabinos, que solo concluyó gracias a la mediación de las mujeres sabinas. Ambos pueblos se unieron y durante un tiempo Rómulo y el rey sabino, Tito Tacio, compartieron el gobierno de Roma (diarquía), hasta la muerte de Tacio. Rómulo combatió contra los pueblos vecinos (etruscos, otras ciudades latinas) para expandir el poder de Roma, incorporando a poblaciones nuevas en cada

ocasión, y a la muerte de Númeron asumió también el trono de *Alba Longa*. En el año 38 de su reinado (717 a.C.), fue arrebatado a los cielos y los romanos le rindieron culto bajo el nombre de **Quirino**. A Rómulo se atribuye la primera organización de la sociedad y las instituciones de la ciudad. Él gobernaba como rey, pero distribuyó a los varones adultos libres en tres tribus (Titios, Ramnes y Luceres, por los sabinos, romanos y etruscos), y a su vez en 30 grupos llamados curias (10 por tribu) que se reunían en una asamblea propia, los comitia curiata. Ese sistema servía también para movilizar el ejército ciudadano, la legión, compuesto por 3.000 soldados (1.000 de cada tribu) y 300 jinetes (100 de cada tribu). Creó también el Senado, compuesto por 100 compañeros escogidos por él a los que denominó *patres*, “padres”, y que serían los primeros senadores; esos *patres* serían los fundadores de las familias patricias.

Los reyes latinos. Rómulo fue sucedido por el sabino **Numa Pompilio** (716-674 a.C.), cuyo reinado fue próspero y pacífico. A Numa se atribuye la organización religiosa de la ciudad: organizó el calendario (añadiendo los meses de enero y febrero), fundó numerosos templos (Vesta, Jano) y organizó los principales colegios sacerdotales (las vestales, los flámenes y los pontífices). Murió sin descendencia, por lo que le sucedió **Tulo Hostilio** (673-642 a.C.), un rey de carácter totalmente opuesto: agresivo y guerrero, reavivó las guerras con los vecinos de Roma (Fidenae, Veyes) y conquistó Alba Longa, sometiendo a la población de la ciudad madre de Roma a la esclavitud. Su belicosidad le hizo desatender las cuestiones divinas, por lo que se contagió de una peste enviada por los dioses y fue fulminado por Júpiter como castigo. A su muerte subió al trono el sabino **Anco Marcio** (641-617 a.C.), nieto de Numa, que restauró la paz y el orden. Mejoró el urbanismo de la ciudad, construyendo el primer puente sobre el Tíber y fundando el puerto de Ostia, y reguló las leyes romanas. Murió también de forma pacífica.

1.2. Los reyes etruscos y el fin de la monarquía (617-509 a.C.)

Accedió al trono **Tarquino Prisco** (617-578 a.C.), de origen etrusco y adoptado por Anco Marcio antes de su muerte. Tarquino fue el principal urbanista de Roma: construyó la Cloaca Máxima, lo que permitió desecar las zonas pantanosas y establecer en ellas el Foro Romano; construyó el Circo Máximo e instauró los Juegos Romanos (*Ludi Romani*); y puso las bases del primer templo a Júpiter Óptimo Máximo sobre el Capitolio. Sin embargo, fue asesinado por los hijos legítimos de Anco Marcio, lo que abrió un breve periodo de conflicto hasta que su yerno, **Servio Tulio** (578-534 a.C.) se hizo con el poder. Los orígenes de Servio no están claros, pues al parecer era hijo de Ocesia, una esclava al servicio de Tanaquil, esposa de Tarquino, aunque algunas tradiciones hablaban de una concepción divina. Servio se crió en el palacio y fue ganando el favor del rey hasta llegar a casarse con su hija Tarquinia.

Las reformas servianas. Servio Tulio aparece en las tradiciones como uno de los principales reformadores de la historia de Roma, responsable del sistema social y político que caracterizaría a la ciudad durante toda la República. En primer lugar, expandió y delimitó el *pomerium* para abarcar las principales colinas y rodeó el recinto con el primer circuito de murallas de la ciudad, las “Murallas Servianas”. En segundo lugar, eliminó las tres tribus tradicionales y las sustituyó por un sistema de tribus territoriales, incluyendo cuatro tribus urbanas (Esquilina, Colina, Palatina y Suburana, correspondientes a barrios o cuadrantes de la ciudad) y algunas tribus rurales. En tercer lugar, aumentó el número de senadores a 300. Por último, creó un nuevo censo para los hombres libres según su riqueza, con 5 clases sociales, cada una de ellas con sus propios derechos y deberes. Junto a las clases, creó también la centuria, una agrupación de hombres de la misma clase que actuaba como una unidad de voto; cada clase tenía un número diferente de centurias y éstas votaban en una nueva asamblea, los comitia centuriata. Los hombres libres, por tanto, se integraban dentro de una clase, una centuria y una tribu. Por último, el nuevo sistema se aplicó al ejército romano, que pasó a movilizarse por centurias y clases, y no ya por tribus y curias.

Servio Tulio fue asesinado por su propio yerno, Tarquino, que subiría inmediatamente al trono. **Tarquino el Soberbio** (534-509 a.C.) fue el último rey de Roma. Era hijo de Tarquino Prisco, por tanto de origen etrusco, y las tradiciones lo describen como un tirano sin escrúpulos que gobernó la ciudad de manera despótica y violenta. Expandió la ciudad mediante nuevas guerras y

consolidó el poder de Roma frente a sus vecinos. Sus caprichos, sin embargo, enfurecieron repetidamente a los romanos y provocaron la aparición de opositores dentro de Roma.

El fin de la monarquía. La conspiración estalló cuando Sexto, hijo de Tarquinio, violó a una joven patricia, Lucrecia, quien se suicidó a consecuencia de la vergüenza. En venganza, Lucio Junio Bruto (sobrino del rey), Lucio Tarquinio Colatino (esposo de Lucrecia) y Espurio Lucrecio (padre de Lucrecia), anunciaron el derrocamiento del rey y proclamaron la República con ayuda del poderoso Publio Valerio Públicola (509 a.C.). De inmediato, se nombraron los dos primeros cónsules (Bruto y Colatino) y se cerró un tratado comercial con Cartago. Tarquinio se encontraba fuera de Roma, en una campaña militar, y trató de recuperar el poder, pero se vio obligado a exiliarse en Etruria; impulsó una alianza de ciudades etruscas que fueron derrotadas por Roma, y a continuación recurrió a su aliado Lars Porsenna, rey de Clusium, que también fue derrotado; Tarquinio recurrió a la Liga Latina, que entró en guerra con Roma, pero esta se impuso en la batalla del Lago Regilo (496 a.C.). Tarquinio finalmente se exilió en Cumas donde murió.

LA REPÚBLICA (509-27 a.C.)

Al igual que sucedía con el periodo monárquico, las primeras fases de la República romana son muy mal conocidas por la ausencia de fuentes directas y por la escasa fiabilidad de las fuentes posteriores, fabricadas y manipuladas para describir el ascenso inevitable de Roma hacia el dominio del mundo conocido. Solo la última fase, la República tardía o final, posee fuentes propias y un nivel adecuado de información, pero nuestro conocimiento se vuelve cada vez más escaso a medida que retrocedemos en el tiempo: la República Media cuenta con algunas fuentes importantes, aunque los principales detalles de la organización social y política son todavía oscuros y existen lagunas importantes en la narrativa histórica, mientras que la República Temprana es casi tan desconocida y legendaria como la Monarquía. La sección de la fase Temprana, por tanto, recogerá también el relato tradicional de las fuentes, que ha sido seriamente cuestionado por los historiadores modernos. De los restantes periodos puede hacerse una narrativa histórica más fiable.

Durante la República, Roma fue construyendo y poniendo a prueba una estructura política y social que al principio era similar a las de sus vecinos en el Lacio pero que terminó adaptándose a las necesidades de gestión de los territorios que Roma iba incorporando. En una interminable competición y lucha con los vecinos, Roma fue poco a poco derrotando y eliminando (o integrando) a sus rivales y pasó de ser una comunidad más dentro del Lacio a una superpotencia hegemónica indiscutible en todo el Mediterráneo. Ese proceso, sin embargo, no fue lineal ni constante, ni mucho menos planificado, sino improvisado y fruto de una secuencia interminable de éxitos y fracasos que Roma experimentó en el ámbito político y militar.

2.1. La Temprana República (509-272 a.C.)

Las fuentes que describen la primera fase de la República continúan con los relatos poco fiables de la Monarquía, con los que pretenden explicar la Roma de las últimas fases republicanas. En esas fuentes, la República aparece ya completamente formada, con todas sus instituciones básicas funcionando, y evoluciona a causa de un largo conflicto social interno, el llamado “conflicto patricio-plebeyo” (494-285 a.C.); a la vez, Roma aparece como una potencia expansiva que va progresivamente incorporando territorios gracias a sus victorias militares. Esa imagen, que vamos a recoger a continuación, debe desecharse, aunque muchos de los datos concretos que se describen en las fuentes se consideran más o menos fiables e históricos.

El s. V a.C. Con el comienzo de la República, Roma entra en una fase de supervivencia en la que se ve amenazada por sus vecinos (etruscos, latinos, ecuos, volscos) y debilitada por el conflicto interno entre patricios y plebeyos. Ambos procesos estaban conectados, pues los plebeyos aprovechaban los momentos de emergencia militar en el exterior para exigir cambios políticos en el interior mediante unas “huelgas militares” en las que se negaban a luchar y se retiraban al monte Aventino (“secesiones al Aventino”). Durante la I Guerra Latina (498-493), los romanos derrotaron a una alianza de ciudades latinas en la batalla del Lago Regilo (496 a.C.), pero en 494 se produjo la **primera secesión plebeya al Aventino**, que posibilitó la creación del **tribunado de la plebe**, una magistratura estrictamente plebeya que defendía a la plebe frente a los abusos del patriciado. La guerra concluyó con la firma de un tratado de paz con los latinos (el “*foedus Cassianum*”, 493) por el que Roma se convertía en la potencia hegemónica en el Lacio.

La secesión plebeya de 494 motivó una violenta reacción del patriciado, que trató de acaparar cargos e impedir el acceso de los plebeyos a la política (“*Serrata* del patriciado”, 494-471), pero las reivindicaciones plebeyas continuaron (creación de una asamblea exclusivamente plebeya, el *concilium plebis*, en 471), por lo que el conflicto se recrudeció. Surge entonces la necesidad de tomar medidas de emergencia para atajarlo: en 451 se nombra una comisión de 10 miembros (*decemviri*) para redactar un código de leyes y se interrumpe la elección de los cónsules durante su mandato, que debía ser anual. La comisión publicó un código conocido como las “**Doce**

Tablas” en el que se recogían las normas de convivencia básicas de la República, pero se negó a abandonar el poder al terminar su tarea anual, lo que motivó una nueva secesión plebeya al Aventino en 449; las presiones acabaron con la comisión y los nuevos cónsules, L. Valerio y M. Horacio, promulgaron unas leyes (leyes Valerio-Horacias) que garantizaban la inviolabilidad de los tribunos de la plebe y reconocían el carácter vinculante de los *plebiscita* (decisiones de la asamblea de la plebe) para los plebeyos. En 445, tras una nueva secesión al Aventino, el llamado “plebiscito Canuleyo” reconoció los matrimonios mixtos entre patricios y plebeyos y el acceso de estos últimos al consulado; para garantizar la fiabilidad del censo, al año siguiente (444) se creó la magistratura del censor, encargado de elaborar el censo de ciudadanos cada 5 años. También se creó el cargo del tribuno militar (inicialmente 3 pero más tarde ampliados a 6), misteriosa magistratura que tenía poder consular y se alternaba en su nombramiento con los cónsules, pero que fue eliminada en 367.

El s. IV a.C. En 406 estalló una guerra con la ciudad etrusca de Veies que duró 10 años y concluyó con su completa destrucción (396); su territorio fue incorporado al *ager romanus* y se crearon cuatro nuevas tribus, con lo que Roma duplicó su extensión. Sin embargo, una incursión de galos senones liderada Breno penetró en el Lacio en 390 y, tras derrotar a los romanos en Alia, asediaron y saquearon la ciudad durante meses. La invasión fue un golpe traumático para los romanos, que recordaron el episodio durante mucho tiempo, e inauguró un nuevo periodo de inestabilidad en la región del Po, donde los galos se convertirían en una amenaza constante hasta el siglo I a.C. En ese contexto de crisis, Roma acometió una importante reforma: las **leyes Licinio-Sextias** (367) eliminaron los tribunos militares y restauraron el consulado, obligando a que al menos uno de los cónsules fuera de origen plebeyo, y fijaron una limitación a la extensión de *ager publicus* en manos de ciudadanos privados (500 *iugera*, 125 ha). En los años siguientes, los plebeyos consiguieron al acceso a las principales magistraturas: la dictadura (356), la censura (351) y la pretura (338). Como prueba de su nuevo estatus de potencia en el centro de Italia, Roma renovó en 348 su tratado comercial con Cartago, en circunstancias ahora más ventajosas.

La presencia gala animó a los vecinos de Roma a cuestionar su hegemonía: primero los peligrosos samnitas entraron en guerra con ella (I G. Samnita, 343-341 a.C.) por el control de la Italia central, aunque el conflicto terminó con un tratado en el que se repartían las áreas de influencia respectivas. La crisis militar provocó una nueva secesión plebeya al Aventino en 342. De inmediato, los latinos se levantaron contra Roma para sacudirse su hegemonía sobre el Lacio, pero en la breve guerra que libraron (II G. Latina, 340-338 a.C.) fueron completamente derrotados: Roma disolvió la Liga Latina y pasó a controlar directamente todos sus territorios, convirtiendo a muchas ciudades latinas en municipios romanos. Roma continuó una activa política de expansión hacia el sur, y la toma de Nápoles en 326 provocó un nuevo conflicto con los samnitas, que veían cerrados así sus accesos al mar: la II G. Samnita (326-304 a.C.) fue un durísimo conflicto en el que los romanos pusieron a prueba todos sus recursos y capacidad de resistencia; derrotados de forma estrepitosa en 321, consiguieron recuperarse y llegar a una paz frágil con los samnitas. Éstos consiguieron mantener su territorio, pero la hegemonía de la Italia central quedó en manos de Roma.

Fase final. En esos años se recrudeció la presión de los galos, momento que aprovecharon etruscos y samnitas para entrar nuevamente en guerra con Roma. La III G. Samnita (298-290 a.C.) concluyó sin embargo con la derrota del Samnio, que fue esta vez anexionado a Roma mediante la expropiación de territorios y la fundación de colonias romanas en su interior. En el norte, los etruscos no consiguieron unir sus fuerzas contra Roma, y tras ser derrotados en Sentinum (295) algunas de sus principales ciudades firmaron tratados de paz (294), aunque la región no quedó pacificada y siguió enfrentándose a Roma de forma periódica en las décadas siguientes. Roma fijó entonces su atención en el sur, aprovechando la alianza con ciudades griegas para aumentar su presencia en la región, movimiento que encontró la oposición de la gran ciudad griega de Tarento. La guerra que estalló a continuación (280-275 a.C.) se conoce como “Guerra Pírrica” pues los griegos llamaron en su ayuda al rey de Epiro, **Pirro**, que desembarcó en Italia con su ejército con el objetivo de expandir su propia influencia. Pirro infligió duras derrotas a los romanos, pero no fue capaz de aprovechar sus victorias; Roma reaccionó renovando el tratado

con Cartago (278), por el que ambos se repartían Italia (para Roma) y Sicilia (para Cartago) y se comprometían a prestarse ayuda militar (que no llegaría a cumplirse). Pirro marchó a Sicilia para ayudar a Siracusa frente a los cartagineses, y dejó abandonados a sus aliados en Italia, que continuaron la guerra a pesar de todo; en 275, sin haber conseguido ninguno de sus objetivos, Pirro abandonó definitivamente Italia y regresó a Grecia. Roma continuó presionando sobre los griegos del sur de Italia hasta que conquistó Tarento en 272 y puso así fin a la resistencia griega. La derrota de Tarento dio a Roma el control del sur de Italia, con lo que unificó en la práctica la península desde el río Arno hasta el estrecho de Mesina. Como reconocimiento, el reino de Egipto ptolemaico envió una delegación para cerrar un tratado de amistad en 273. Roma comenzaba a ser reconocida como una potencia en el mundo griego oriental.

2.2. La Media Republica (272-133 a.C.)

En los años siguientes, Roma consolidó su control sobre Italia fundando nuevas colonias romanas y ocupando ciudades por toda la península, tratando de fijar una frontera estable con los galos al norte y de asentar su dominio sobre los pueblos itálicos y griegos al sur. Al ocupar Regio en 270, sin embargo, amenazaba el ámbito de influencia cartaginés en Sicilia; los cartagineses comenzaron a temer una posible intervención romana en su territorio. Durante más de un siglo, Roma y Cartago se enfrentaron para dirimir la hegemonía sobre el Mediterráneo Central.

La I G. Púnica (264-241 a.C.). Las operaciones militares romanas en la ciudad de Mesina (en el lado siciliano del estrecho) para asistir a los mercenarios itálicos asentados allí (Mamertinos) motivaron el estallido de la guerra, pues Cartago comprobó que su miedo a una intervención romana en Sicilia estaba justificado. Cartago y Siracusa se aliaron contra Roma, pero los romanos utilizaron Mesina como base de operaciones y pasaron a la ofensiva: en 263 obligaron a Siracusa a firmar la paz, y en 262 conquistaron la gran ciudad griega de Agrigento, en pleno territorio de dominio cartaginés; Cartago, mientras tanto, utilizó su poderosa flota para devastar territorios romanos en Italia, por lo que los romanos se lanzaron a la construcción de una flota propia con la que contrarrestar esos ataques. Para tratar de equilibrar la superioridad naval cartaginesa, el cónsul C. Duilio dotó a las naves de un puente móvil rematado en un gancho, los *corvi*, que inmovilizaban las naves enemigas al caer sobre ellas y permitían el abordaje de la infantería romana. Con este artefacto, los romanos derrotaron a la flota cartaginesa en la batalla naval de Mylae (260) y pasaron a la ofensiva también en el mar.

En 256, los romanos desembarcaron cerca de Cartago con un ejército expedicionario comandado por el cónsul M. Atilio Régulo, con el objetivo de devastar el territorio cartaginés y forzar la rebelión de los territorios sometidos a Cartago. El ejército romano fue, sin embargo, aniquilado en la batalla del río Bagradas (255), y el propio Régulo fue capturado y mantenido como rehén hasta su ejecución en 250. La guerra se estancó, pues Roma desistió de nuevas invasiones y se limitó a presionar sobre las posesiones cartaginesas en Sicilia, mientras que Cartago perdió gran parte de su flota en la batalla de Panormo (251) y se limitó a tratar de contener a los romanos. Para ello enviaron a Sicilia (247) al general **Amílcar**, quien hábilmente castigó a los romanos en los años siguientes en una guerra de desgaste y se ganó el apelativo de “Rayo” (*baraq*, Barca). Una poderosa flota romana al mando del cónsul C. Lutacio Catulo, sin embargo, acabó con toda la flota cartaginesa en la batalla de las Islas Égates (241), lo que obligó a Cartago a pedir la paz.

El periodo de entreguerras (241-218 a.C.). Roma estableció unas durísimas condiciones de paz: Cartago no podía entrar en guerra con los aliados romanos, debía abandonar Sicilia y renunciar a cualquier control sobre ella, reducir su flota militar a 10 naves, devolver los prisioneros romanos sin rescate y pagar elevados rescates por los prisioneros cartagineses, y por último pagar unas astronómicas indemnizaciones: 1.000 talentos de plata de inmediato y otros 2.200 en 10 años. Además, se vio obligada a sofocar una revuelta general de sus mercenarios, que no recibían las pagas, y que se convirtió en una larga y cruenta guerra de tres años (Guerra de los Mercenarios, 241-237 a.C.); aprovechando la situación, Roma se apoderó unilateralmente de Córcega y Cerdeña en 238, alegando la necesidad de asegurar unas islas próximas a la costa italiana. Con el fin de poder hacer frente a la reconstrucción económica de la ciudad, y puesto que Roma les había

vetado todo dominio sobre el Mediterráneo Central, los cartagineses emprendieron en 237 la invasión de la Península Ibérica, donde había antiguas ciudades fenicias y que era famosa por la riqueza de sus minas y de su agricultura. Amílcar Barca, al frente de un potente ejército cartaginés, comenzó la ocupación del valle del Guadalquivir, derrotando a los pueblos íberos y estableciendo tratados de amistad con ellos. Tras su muerte (229) le sucedió al frente de la campaña su yerno Asdrúbal, quien fijó la “capital” bárcida en *Carthago Nova* (Cartagena).

Los romanos, mientras tanto, consolidaron su dominio del Mediterráneo Central estableciendo las primeras provincias en Sicilia y Córcega-Cerdeña en 227, ocupando la Galia cisalpina entre 224 y 222 e interviniendo contra los piratas ilirios del Adriático fundando un protectorado (territorio controlado con finalidad militar) en la costa de Iliria en 229. Preocupados por la expansión cartaginesa en Iberia, firmaron con Asdrúbal el “Tratado del Ebro” (226), por el cual ambos se comprometían a no cruzar el río Íberos (Ebro) en armas y respetar a los aliados de sus respectivos ámbitos de influencia. Asdrúbal murió asesinado en 221, y el frente de la campaña se eligió como general a **Aníbal**, hijo mayor de Amílcar. Aníbal emprendió una nueva expansión por la costa levantina y la Celtiberia, amenazando la ciudad ibérica de Sagunto. Sagunto apeló a Roma, que la reconoció como aliada, y tuvo entonces que intervenir cuando Aníbal destruyó la ciudad, declarando la guerra a Cartago.

La II G. Púnica (218-202 a.C.). Ante la declaración de guerra, Aníbal invadió Italia por vía terrestre con un gran ejército, que cruzó los Alpes y derrotó sucesivamente a los ejércitos romanos en las batallas de Tesino y Trebia (218). Al año siguiente derrotó al cónsul Flaminio y sus 25.000 hombres en la batalla del lago Trasimeno (217), lo que llevó a los romanos a nombrar un dictador, Quinto Fabio Máximo, que evitó el enfrentamiento directo con Aníbal. Los nuevos cónsules, Terencio Varrón y L. Emilio Paulo, fueron derrotados al año siguiente (216) en la catastrófica **batalla de Cannas**, en la que perecieron en torno a 50.000 romanos. Las victorias de Aníbal provocaron que muchos aliados itálicos (sobre todo en la Italia meridional) rompiesen relaciones con Roma y se pasasen al bando cartaginés, y en 215 el rey Filipo V de Macedonia firmó una alianza militar con Aníbal, pero los romanos trataron de aislar al ejército cartaginés en Italia mientras conquistaban Siracusa (212) y Capua (211) y enviaban tropas a Hispania al mando de los hermanos Publio y Gneo Cornelio Escipión para impedir una nueva invasión cartaginesa. La guerra se estancó en Italia, pues los ejércitos consulares romanos seguían a Aníbal y le impedían asistir a sus nuevos aliados itálicos, lo que repercutió en su descrédito como liberador.

En Hispania, los hermanos Escipión murieron en un enfrentamiento con los cartagineses, y Roma envió a **P. Cornelio Escipión**, hijo de Publio, para dirigir las tropas romanas allí con tan solo 24 años (210). Al año siguiente (209), Escipión tomó por sorpresa Cartago Nova y comenzó una campaña militar por el valle del Guadalquivir para expulsar a los cartagineses. No pudo impedir, sin embargo, que un ejército cartaginés al mando de Asdrúbal, hermano de Aníbal, partiese por la ruta de los Alpes hacia Italia para reforzar a Aníbal, pero Asdrúbal fue interceptado y derrotado por los cónsules romanos en la batalla de Metauro (207), con lo que la última baza cartaginesa para ganar la guerra se esfumó. Al año siguiente, Escipión tomó Gades y expulsó a las últimas tropas cartaginesas de la Península Ibérica. Ese éxito le valió la elección al consulado en 205 y el encargo de invadir África para acabar la guerra. Escipión guerreó en África dos años sin lograr derrotar a Aníbal, hasta que ambos se enfrentaron en la batalla de Zama (202), de la que Escipión salió vencedor. El ejército cartaginés fue aniquilado y Aníbal se vio obligado a huir, con lo que Cartago tuvo que iniciar conversaciones de paz. En el tratado firmado en 201, Cartago abandonó cualquier aspiración a volver a ser una gran potencia: desmanteló su flota y su ejército, pagó una indemnización de 10.000 talentos y renunció a hacer la guerra sin el consentimiento de Roma (lo que en la práctica la pondría a merced de sus vecinos).

La expansión romana en Oriente (201-146 a.C.). Una vez terminada la guerra, Roma decidió vengar la alianza que Macedonia había cerrado con Aníbal en 215. Una primera guerra con Macedonia (I G. Macedónica, 214-205 a.C.), librada apenas cerrado el tratado, terminó con una paz precipitada y un resultado incierto por la necesidad de Roma de centrarse en la guerra con Aníbal, pero en la II G. Macedónica (200-197 a.C.) los romanos derrotaron a Filipo V en la batalla de Cinoscéfalas (197) y el cónsul T. Quincio Flaminio le obligó a firmar una paz (196) en la que

renunciaba a todos los territorios en Grecia y Asia y reconocía la libertad de las ciudades griegas. Las tropas romanas abandonaron Grecia, pero regresaron tan solo dos años más tarde, pues el rey Antíoco III de Siria había invadido Macedonia y Grecia con un ejército (Guerra Seléucida, 192-188 a.C.). Los romanos derrotaron a Antíoco en la batalla de Magnesia (190) y le obligan a firmar una paz (Apamea, 188), en la que renunciaba a los territorios europeos y de Asia Menor.

A la muerte del rey Filipo V de Macedonia, su sucesor Perseo inició una nueva política de expansión en Grecia que condujo a una última intervención romana (III G. Macedónica, 172-168 a.C.): tras la decisiva victoria romana en la batalla de Pidna (168), Roma puso fin a la dinastía macedonia y dividió el reino en 4 regiones bajo su protección, lo que suponía el fin de Macedonia como reino independiente. Roma había cimentado esas victorias en la alianza con algunas ciudades griegas, en particular la Liga Etolia, pero el descontento con la situación política llevó a otro grupo de ciudades, la Liga Aquea, a tratar de convertirse en la potencia hegemónica en Grecia. En 148 Roma convirtió Macedonia en una provincia, y en 147 intervino (G. Aquea, 147-146 a.C.) aplastando a la Liga Aquea y capturando la ciudad de Corinto (146), que fue destruida. La derrota griega supuso el fin de su independencia: las ciudades rebeldes fueron sometidas al control de la provincia romana de *Macedonia*, y solo unas pocas continuaron siendo autónomas durante un tiempo. Pocos años más tarde, los romanos pusieron un pie en Asia Menor: Atalo III, último rey de Pérgamo, dejó a su muerte (133) el reino en herencia a Roma, quien asumió el control directo de este territorio y lo convirtió en una nueva provincia (*Asia*, 129).

La expansión romana en Occidente (201-133 a.C.). En las décadas siguientes a la derrota de Aníbal, los romanos consolidaron su dominio sobre la Galia Cisalpina y Liguria, como zona de seguridad frente a las invasiones galas. Sin embargo, el principal frente de guerra se situó en la Península Ibérica: tras la guerra con Aníbal, Roma había quedado en posesión de una franja costera que iba desde los Pirineos hasta Cádiz, y que tenía su zona más rica en el valle del Guadalquivir; en 197, convirtieron esas posesiones en dos provincias, *Hispania Citerior* e *Hispania Ulterior*, con frontera en el río Júcar. La pacificación de esas regiones frente a la amenaza de las poblaciones indígenas del interior peninsular (celtíberos, vacceos, lusitanos) conllevó unos durísimos costes a Roma, que tuvo que mantener constantes guerras para mantener la estabilidad en la región. En esas guerras (I G. Celtibérica, 181-179 a.C.; II G. Celtibérica, 154-152 a.C.; III G. Celtibérica, 143-133 a.C.; G. Lusitana, 155-139 a.C.), los romanos se enfrentaron a pueblos muy resistentes que combatían un tipo de guerra irregular en un territorio accidentado y que resultaba por tanto muy dañino para las legiones.

En la G. Lusitana, Roma tuvo que enfrentarse a un caudillo local, Viriato, que logró concentrar el apoyo de numerosos pueblos hasta su asesinato (139), mientras que en la III G. Celtibérica, los romanos sometieron a la ciudad de Numancia a un asedio intermitente durante 10 años, hasta que la llegada de **P. Cornelio Escipión Emiliano** (nieto por adopción del vencedor de Aníbal) supuso la caída y la destrucción de la ciudad. Emiliano había obtenido una reputación de gran general en la breve guerra que Roma libró contra una empedecida Cartago (III G. Púnica, 149-146): los cartagineses, amenazados constantemente por sus vecinos nómadas, rompieron el tratado con Roma al atacar Numidia (151); M. Porcio Catón logró convencer al Senado de la necesidad de destruir Cartago (*ceterum censeo Carthaginem esse delendam*), pero las legiones asediaron la ciudad durante dos años sin éxito. Escipión Emiliano obtuvo el mando en 147, y al año siguiente consiguió romper las defensas y destruir la ciudad. Cartago fue destruida el mismo año que Corinto, y su centenario estado dejó de existir. Los romanos crearon una nueva provincia en su territorio, *Africa*, y de esta forma sometieron a los que habían sido sus principales rivales en la hegemonía por el Mediterráneo Central. La destrucción de Numancia coincidió con la muerte de Atalo III y la ocupación de Pérgamo; Roma se convirtió así en la principal potencia política, militar y económica del Mediterráneo.

2.3. La Tardía República (133-27 a.C.)

La última fase de la República se conoce también como la “crisis de la República”, al entenderse durante mucho tiempo que la progresiva conversión de Roma en una potencia imperialista y el

recrudescimiento de los conflictos políticos desgastaron las instituciones republicanas hasta su desaparición con la llegada del Principado. Hoy día, sin embargo, esa visión no se sostiene: la República funcionó a pleno rendimiento durante el período e incluso durante las primeras décadas del Principado, adaptándose al desafío de gestionar un imperio territorial que abarcaba todo el Mediterráneo y continuaba en expansión; lo hizo, sin embargo, empleando instituciones que estaban en realidad pensadas para la gestión de una ciudad-estado y cuyas características, limitaciones y funciones no estaban definidas de forma precisa. Estas instituciones, por tanto, se vieron atrapadas en el interminable conflicto entre las facciones políticas de la élite romana, que competían entre sí por mayor poder y prestigio, y que las utilizaron en su propio provecho. El Principado no fue la consecuencia del deterioro de las instituciones republicanas, sino de las guerras civiles entre facciones que asolaron el mundo romano durante cerca de un siglo.

El tribunado de los hermanos Graco (133-122 a.C.). El tradicional conflicto entre facciones políticas en Roma se había visto exacerbado por la experiencia imperialista vivida durante los dos siglos precedentes; el nivel de riqueza y poder al que aspiraban los nobles romanos, y las oportunidades que se ofrecían para alcanzar ambos objetivos, se habían multiplicado al convertirse Roma en una potencia hegemónica en todo el Mediterráneo. Hombres fuertes como Escipión Emiliano utilizaron las instituciones de la República para engrandecer y enriquecer a su círculo de amigos y aliados, lo que suscitó la aparición de grupos contrarios que disputaban en el Senado y las asambleas. Esa tensión alcanzó un punto crítico cuando los hermanos Sempronio Graco (Tiberio y Cayo), pertenecientes a una riquísima y antiquísima familia plebeya y nietos de Escipión el Africano, accedieron sucesivamente al tribunado de la plebe y promovieron una serie de reformas que precipitaron el estallido de la violencia política en Roma.

En su tribunado, **Tiberio Graco** (133) puso en marcha una *lex agraria* que pretendía volver a poner en vigor una antigua limitación a la cantidad de tierra pública (*ager publicus*) que podían explotar los ciudadanos privados: el máximo eran 500 *iugera* (125 ha), más 250 *iugera* por cada hijo hasta un máximo de 1.000 (250 ha); el resto debía parcelarse en pequeños lotes para ser repartida entre ciudadanos sin tierras. La ley encontró una violenta oposición en el Senado. Puesto que un solo año era insuficiente para llevar la ley a cabo, Tiberio se presentó a la reelección como tribuno al año siguiente, un hecho sin precedentes, pero fue asesinado por un grupo de senadores el día de las elecciones. La comisión agraria siguió funcionando, aunque con grandes dificultades, y contribuyó a atizar un problema profundo en la estructura política de Roma: la relación con los aliados itálicos. Muchas de las tierras del *ager publicus* eran tierras expropiadas a los aliados, pero su reparto no iba a beneficiar a las poblaciones itálicas, sino a colonos romanos, lo que supuso un nuevo motivo de descontento. Los aliados comenzaron a protestar y revolvearse ante las abusivas condiciones de la dominación romana.

Cayo Graco trató de revivir el proyecto de su hermano presentándose al tribunado de la plebe en 123 a.C. Aunque la *lex agraria* fue el centro de su política (continuando y actualizando la ley de Tiberio), promulgó otras leyes con el objetivo de poner coto a los abusos de poder de los senadores y los magistrados. Consiguió la reelección (que ya era legal) al tribunado en 122, pero el Senado se movilizó contra él: bloqueó su propuesta de ley de ciudadanía para los latinos y consiguió que no fuese reelegido en 121, sembrando el caos en todas las votaciones de la asamblea de asuntos relacionados con la *lex agraria*; el desorden justificó la intervención extraordinaria de los cónsules, que decretaron el estado de excepción y atacaron a los seguidores de Cayo Graco, quien terminó suicidándose. En los años siguientes, el Senado consiguió bloquear la *lex agraria* y anular algunas de sus medidas.

La época de Cayo Mario (115-100 a.C.). Envuelta en el conflicto político y el descontento de los aliados, Roma tuvo que enfrentarse a dos amenazas externas: la intervención en la cuestión sucesoria del reino de Numidia provocó la Guerra de Yugurta (112-105 a.C.), y a la vez se produjo una invasión masiva de pueblos germanos a través de los Alpes (Guerras Cimbrias, 113-102 a.C.). Los romanos trataron de combatir en ambos frentes, pero fueron severamente derrotados en los dos durante varios años, hasta que **Cayo Mario**, un *homo novus* de Arpino pero inmensamente rico, obtuvo el consulado (107) y fue puesto al frente de la guerra contra Yugurta. Mario reformó su ejército, consiguió que el Senado le diese permiso para reclutar a sus legionarios entre los

proletarii, y demostró su talento militar acorralando y derrotando a Yugurta en dos años (105), llevándolo prisionero a Roma. Una vez terminada la guerra en Numidia, para evitar que sus rivales políticos pudiesen debilitar su poder y para asegurarse de obtener el mando en la guerra contra los germanos, consiguió ser reelegido cónsul de manera consecutiva en los 5 años siguientes (105-101); para lograr sus fines, Mario se apoyó en una serie de tribunos de la plebe a su servicio, que consiguieron sacar adelante sus propuestas en la asamblea popular (especialmente la *lex Apuleya*, 103, que concedía tierras en África para licenciar a los veteranos de sus legiones).

Los germanos se habían concentrado al norte de los Alpes y habían agitado a los pueblos celtas recientemente pacificados por Roma, amenazando la provincia Narbonense. Nuevamente, los romanos fueron derrotados de forma estrepitosa los primeros años de la guerra, especialmente en la batalla de Arausio (105), donde murieron cerca de 100.000 romanos y aliados itálicos. El desastre facilitó que se concediese el mando en la guerra a Mario, vencedor de Yugurta, que se enfrentó a los germanos con sus legiones de *proletarii* veteranos de África. En inferioridad numérica, Mario derrotó a los germanos en la batalla de *Aquae Sextiae* (102) y los obligó a retirarse. Mario se convirtió en el salvador de la República, en su general más condecorado y en el “primer hombre” de Roma. En los años siguientes, sin embargo, sus métodos poco ortodoxos le valieron una cada vez mayor oposición por parte del Senado, y no consiguió ser reelegido para nuevos cargos ni influir en la asamblea popular como antes.

La Guerra de los Aliados (90-88 a.C.). Los desastres romanos contra los germanos avivaron el descontento de los aliados itálicos, que veían cómo Roma malgastaba sus recursos materiales y humanos sin concederles ninguna compensación. Roma denegó repetidas veces la concesión de ciudadanía a los aliados mientras continuaban los abusos de poder, por lo que finalmente estalló la guerra (90). El núcleo de aliados rebeldes se encontraba en la Italia central, en las comunidades de pueblos marsos y samnitas; establecieron una “capital”, Corfinium (que rebautizaron como Italia), y crearon instituciones que copiaban la estructura administrativa romana: dos cónsules, doce pretores y un senado propio de 500 miembros. De nuevo, los romanos sufrieron sucesivas derrotas al comienzo de la guerra que amenazaron con extender la rebelión a los etruscos y umbros, por lo que se intentó una maniobra política para restar apoyos a la sublevación: ese año, la *lex Iulia* concedía la ciudadanía romana a todos aquellos aliados que no se hubiesen sublevado, y al año siguiente (89), la *lex Plautia-Papiria* la concedía a todos los itálicos con residencia en Italia que la solicitasen en el plazo de 60 días. Con estas medidas la revuelta se desmoronó, aunque pervivieron focos de resistencia en Piceno y Samnio, que fueron aniquilados sin cuartel por el cónsul Pompeyo Estrabón.

La época de Sila (88-78 a.C.). En las elecciones consulares del año 88 se impuso **L. Cornelio Sila**, perteneciente a una rama empobrecida de la *gens* patricia Cornelia que había desarrollado su carrera militar como legado de Mario en las guerras contra Yugurta y los germanos y más tarde en la propia Guerra de los Aliados. En las elecciones, obtuvo el mando de la guerra que se había declarado contra el rey Mitridates VI del Ponto, en la que Sila esperaba cimentar su carrera militar y política, pero las maniobras de sus rivales en el Senado le arrebataron dicho mando y se lo concedieron a Mario, que tenía ya cerca de 70 años. Sila reaccionó tomando una decisión que cambiaría la historia de Roma: al mando del ejército destinado a la guerra contra Mitridates, marchó contra la propia Roma. Sila ocupó la ciudad por la fuerza de las armas, derogó aquellas leyes que le perjudicaban y declaró a Mario enemigo público, con lo que éste se vio obligado a huir. Dejando la ciudad mínimamente pacificada, marchó a Asia donde libró una durísima guerra contra Mitridates (I G. Mitridática, 88-84 a.C.), pero finalmente pudo regresar triunfante a Italia en el año 83. En su ausencia, los partidarios de Mario se habían recuperado bajo el impulso del nuevo cónsul, L. Cornelio Cinna, quien imitó a Sila entrando en Roma con su ejército, asesinando a sus rivales políticos (Mario participó en este nuevo golpe de estado, pero murió en el año 86) y haciéndose nombrar cónsul de forma consecutiva en los años siguientes, hasta su asesinato en un motín (84). Sila se encontró a su regreso, por tanto, con la oposición del Senado, lo que propició el estallido de la **I Guerra Civil** (83-82 a.C.). Al frente de su ejército de veteranos, Sila barrió rápidamente a las fuerzas del Senado, y entró nuevamente en Roma (82), esta vez con el objetivo de reorganizar la República: mediante una ley concedida por la asamblea, obtuvo poder de

dictador, con el que aniquiló a sus rivales políticos (proscripciones), asentó a sus veteranos (más de 120.000 hombres) en colonias y tierras por toda Italia, y reformó las instituciones republicanas para que un episodio como el suyo no volviese a producirse. En el año 79, sin embargo, abdicó por sorpresa de todos sus poderes y se retiró a sus fincas, donde murió al año siguiente (78).

La época de Pompeyo (78-61 a.C.). Cuando Sila regresó de Oriente (83), entre los apoyos que recibió se encontraba el joven hijo de Pompeyo Estrabón, **Gn. Pompeyo Magno**, quien reunió un ejército privado de dos legiones y se unió a la causa silana. Su apoyo a Sila y su participación en la guerra civil le valieron una reputación militar y un peso político que le permitieron hacer carrera tras la muerte del dictador: sin ejercer ninguna magistratura oficial y mediante la concesión de mandos extraordinarios, se le puso al frente de la guerra contra Emilio Lépido (78) primero y contra Sertorio (Guerra Sertoriana, 76-72) después; **Q. Sertorio**, antiguo legado de Mario y gobernador de la Hispania citerior (83), había sido expulsado de Hispania por los seguidores de Sila, pero regresó con un ejército de exiliados romanos (78) y se asentó en Lusitania, desde donde dirigió una revuelta que se extendió por todo el centro de la Península Ibérica. Pompeyo contrarrestó la guerra de guerrillas de Sertorio privándole gradualmente de aliados, hasta que fue asesinado por sus seguidores. A su regreso a Roma (71), se encontró con que su posición se veía amenazada por el ascenso de otro hombre fuerte, **M. Licinio Craso**, quien había sofocado la revuelta de esclavos de Espartaco (72-71), y aspiraba al consulado. Condenados a entenderse, ambos aspirantes obtuvieron el consulado (70) y promulgaron diversas leyes para sanear las instituciones y el censo de ciudadanos después de las sucesivas guerras. Con su reputación en ascenso, Pompeyo obtuvo (67, *lex Gabinia*) un mando absoluto para una campaña a gran escala contra los piratas en el Mediterráneo (*imperium* proconsular sobre todos los mares y costas); el mando se le concedió por tres años, pero Pompeyo limpió los mares en apenas tres meses. Su éxito le valió la concesión de otro mando (66), esta vez en Oriente, nuevamente contra Mitrídates VI del Ponto (III G. Mitridática, 75-63 a.C.), quien llevaba desde el año 75 poniendo en jaque a los ejércitos romanos en Asia. Pompeyo derrotó a Mitrídates e invadió primero Armenia, a la que obligó a convertirse en aliada y cliente de Roma, y poco después los últimos restos del antiguo imperio Seleúcida, que convirtió en una provincia (*Siria*). En una sola campaña, Pompeyo expandió los dominios romanos en Oriente por toda Asia Menor y el Levante, dominios que Pompeyo organizó convirtiendo a los pequeños reinos y principados de la zona en clientes y vasallos de Roma. A su regreso a Italia (62), Pompeyo era el hombre más poderoso del imperio.

La conjura de Catilina (63 a.C.). En Roma, el Senado trataba de conservar su influencia y poder frente al desafío de estos grandes hombres y sus ambiciones personales. En el año 63, llegó al consulado **M. Tulio Cicerón**, un *homo novus* de Arpino que había basado su prestigio en su exitosa actividad en los tribunales romanos. Ese año, Cicerón descubrió una conjura para dar un golpe de estado dirigida por el patricio L. Sergio Catilina, quien había perdido sucesivamente las elecciones consulares y decidió por tanto recurrir a la violencia (a imitación de Sila o Cinna) para cumplir sus ambiciones de poder. Cicerón supo de la conjura y logró expulsar a Catilina de Roma mientras reunía pruebas para juzgarle. Catilina se puso al frente de un ejército de seguidores y esclavos en Etruria pero fue derrotado y muerto por las legiones enviadas por el Senado.

La época de César (61-44 a.C.). El choque entre Pompeyo y Craso no se produjo por la mediación de otro hombre en ascenso, **C. Julio César**. Miembro de una antiquísima familia patricia y emparentado con C. Mario a través de su tía Julia, César era miembro del Senado y trataba de labrarse una carrera política y militar ejemplar tras haber servido como legado en Oriente y como pretor en Hispania. Los tres hombres llegaron a un entendimiento (61) y cerraron un acuerdo privado de apoyo mutuo que conocemos como el **Primer Triunvirato** y que duró 8 años (61-53 a.C.). Gracias a ese apoyo, César se convirtió en cónsul (59) y pudo promulgar leyes para favorecer a Pompeyo y Craso (reparto de tierras para los veteranos de Pompeyo, beneficios económicos para Craso); al término de su consulado obtuvo un mando proconsular para actuar contra las tribus galas transalpinas, que estaban envueltas en disputas internas. César actuó durante 8 años en la Galia (G. de las Galias, 58-51 a.C.), derrotando a las coaliciones de tribus (la última de ellas liderada por el jefe Vercingetorix) y conquistando todo el país hasta el río Rin, que sería la frontera septentrional de Roma durante los 5 siglos siguientes. César intentó incluso

desembarcar en Britania (55-54), pero la resistencia local le obligó a retirarse. En el proceso, César reclutó y entrenó sus propias legiones, que se volvieron fanáticamente leales a su figura.

César, Craso y Pompeyo renovaron su acuerdo en el año 56, lo que permitió a los dos últimos alcanzar el consulado en 55 y obtener al término un mando proconsular por 5 años en Siria e Hispania (respectivamente). Craso murió en Oriente, en una desastrosa batalla contra los partos (Carras, 53 a.C.), y el acuerdo se debilitó. Pompeyo y César se distanciaron, cosa que los rivales de César aprovecharon: al concluir su mando proconsular en la Galia (51), el Senado reclamó su retorno inmediato a Roma y el licenciamiento de sus legiones; César, consciente de que eso le ponía en bandeja ante sus enemigos, tomó la decisión de marchar sobre Roma, con lo que invadió Italia con su ejército (cruce del río Rubicón, 49); el Senado confió la defensa a Pompeyo, con lo que comenzó la **II G. Civil** (49-45 a.C.). El Senado huyó de Italia y se refugió en Grecia, pero César decidió atacar primero las bases pompeyanas en Hispania y luego perseguir a Pompeyo, con quien se enfrentó en la batalla decisiva de Farsalia (45). Pompeyo huyó a Egipto, pero fue asesinado allí. César terminó de limpiar los últimos reductos pompeyanos en el Mediterráneo y luego se dirigió a Roma para organizar la República. Se nombró “dictador perpetuo” y promulgó leyes para restaurar el orden republicano, asentar a los veteranos y restaurar el orden tras la guerra. Viendo que no pretendía abandonar el poder, sus enemigos políticos (liderados por M. Junio Bruto y C. Casio Longino; algunos de ellos habían sido perdonados al finalizar la guerra) le asesinaron en una reunión del Senado (44).

El ascenso de Augusto (44-27 a.C.). El asesinato de César sumió nuevamente a Roma en el desorden. Su sucesor más evidente era **Marco Antonio**, uno de sus principales legados militares en la Galia y en la guerra civil, pero en su testamento nombró heredero universal a un sobrino-nieto lejano, **C. Octavio**, al que adoptaba como hijo (se convirtió en C. Julio César Octaviano). Marco Antonio controlaba las legiones de César, pero Octaviano supo utilizar el inmenso capital político y el prestigio de César: reunió un ejército propio que utilizó para marchar sobre Roma y forzar al Senado a nombrarle cónsul con apenas 20 años. Con el fin de ganar tiempo, y con la excusa de perseguir a los asesinos del dictador, que habían huido a Grecia, Octaviano cerró con Marco Antonio y M. Emilio Lépido un acuerdo para repartirse el poder (**Segundo Triunvirato**, 43-36), que esta vez se hizo oficial mediante una ley (*lex Titia*, 43), la cual les situaba por encima de las magistraturas ordinarias durante 5 años y les permitía repartirse las provincias del imperio para su administración. Los nuevos triunviros comenzaron decretando unas proscripciones contra los rivales de la causa cesariana en las que murieron hombres como Cicerón (43). A continuación, Octaviano y Marco Antonio derrotaron a los asesinos de César en la batalla de Filipos (42) y se repartieron el imperio: Oriente para Marco Antonio, occidente para Octaviano, y las provincias africanas para Lépido. Mientras Marco Antonio se concentraba en preparar una guerra contra los partos, Octaviano se dedicó a consolidar su poder en Occidente: derrotó al hijo de Pompeyo, Sexto, que dominaba Sicilia con una flota (36), y después arrinconó a Lépido, arrebatándole el control de las provincias africanas (36). El triunvirato estaba roto. Marco Antonio se centró en Oriente, casándose con la reina de Egipto, Cleopatra VII (que había sido amante de César y había tenido un hijo con él, Cesarión), por lo que el enfrentamiento con Octaviano estaba servido: ambas flotas se enfrentaron en la batalla de Actium (31), pero Marco Antonio y Cleopatra fueron derrotados y huyeron a Egipto, donde se suicidaron. Todo el poder del imperio quedó en manos de Octaviano, quien decidió consolidarlo de forma más astuta que sus predecesores: en una ceremonia oficial (27 a.C.), Octaviano devolvió todos sus poderes al Senado y se convirtió nuevamente en un individuo privado, pero el Senado le concedió numerosos honores, entre ellos el título de *Augustus*, que incorporaría en adelante a su nombre.

AUGUSTO Y LA TRANSICIÓN HACIA EL IMPERIO (27 a.C. – 68 d.C.)

Los acontecimientos entre la época de Mario y el ascenso de Augusto marcaron una nueva situación política en Roma. La competición reglada y más o menos sometida a normas entre los individuos de la élite por el control de las magistraturas y el poder político que había caracterizado a la República se rompió. Los individuos ambiciosos dirigían ejércitos personales y empleaban recursos irregulares para conseguir sus fines, y forzaban a las instituciones para legalizar sus acciones. El Senado, que tradicionalmente había conseguido canalizar y controlar las ambiciones de los grandes hombres, se convirtió en una institución sometida que se limitaba a aplaudir y corroborar las decisiones del líder de turno. La competición política dejó de existir en la práctica, y la lucha por el poder se trasladó al campo de batalla, con las sucesivas guerras civiles. En ese contexto, aunque las instituciones republicanas continuaron existiendo, los grandes hombres dejaron de estar controlados realmente por ellas, por lo que su poder autoritario creció sin control.

Sin embargo, este líder no se presentó como un rey autoritario, figura tradicionalmente despreciada por los romanos, sino que convivió con la administración republicana y se presentó como *princeps*, como “primer hombre” de Roma en honores y prestigio. El **Principado**, por tanto, mantuvo la fachada de la restitución republicana aunque en la práctica el *princeps* gobernaba casi por decreto y poseía una administración paralela para la gestión de sus responsabilidades y ocupaciones, la administración imperial. Simultáneamente, el *princeps* trataba de consolidar su poder estableciendo los fundamentos de un sistema sucesorio que permitiría la perpetuación de una familia en el poder; a medida que la autoridad individual del *princeps* y su sistema sucesorio se fueron imponiendo, la convivencia con las instituciones republicanas fue haciéndose cada vez más problemática. El origen de este sistema se encuentra en Augusto.

3.1. Augusto (27 a.C. – 14 d.C.)

Tras la victoria de *Actium*, Octaviano había quedado al frente de cerca de 70 legiones y dotado de poderes militares y políticos casi omnímodos concedidos por el Senado para librar la guerra contra Marco Antonio. Sus tropas le aclamaron como *imperator* (líder militar), y el Senado se preparó para una nueva época de proscripciones y abusos, como había sucedido con anteriores vencedores. Octaviano, sin embargo, decidió mantener un equilibrio que sus predecesores habían ignorado: en la ceremonia del año 27 a.C., devolvió todos los poderes al Senado y declaró la restitución de la República, limitándose a aceptar aquellos honores que el Senado “decidió” concederle, que fueron muchos (títulos de *princeps*, *Augustus* e *imperator*), entre ellos un mandato proconsular para administrar directamente una serie de provincias y las tropas en ellas destinadas, que supuso en la práctica la distinción de provincias imperiales y provincias senatoriales (administradas por el Senado). Esos poderes se vieron ampliados sucesivamente: en el año 23, renunció al consulado anual que había venido ejerciendo desde 31, pero obtuvo la *tribunicia potestas* (todos los poderes del tribuno de la plebe, entre ellos la capacidad de proponer leyes); en el año 19 obtuvo un *imperium proconsulare maius*, un poder militar superior al de los cónsules y que abarcaba a todo el imperio; en el año 12 se convirtió en pontífice máximo y se le nombró *curator legum et morum* (“protector de las leyes y las costumbres”), y en el año 2, “padre de la patria” (*pater patriae*).

Con todos esos poderes, Augusto reformó profundamente las instituciones republicanas. Mantuvo un Senado de 600 miembros, con censo mínimo de acceso de un millón de sextercios (se fija así una clase senatorial) y competencias en la gestión de las provincias pacificadas (senatoriales); organizó el orden ecuestre, la segunda clase económica, que estaba fuera del Senado pero obtenía funciones dentro de la administración imperial (procuratelas); creó nuevos cargos (prefectos) para las nuevas obligaciones imperiales (entre ellos, el prefecto de pretorio, comandante de las tropas pretorianas que defendían Roma); reformó las provincias para facilitar su gestión; reformó el ejército para convertirlo definitivamente en un cuerpo profesional y totalmente leal al *princeps*.

La gigantesca obra de reorganización ocupó toda la vida de Augusto y sentó las bases del imperio en los dos siglos siguientes.

Militarmente, el imperio tenía muchos frentes abiertos: en Oriente, Augusto reformó las relaciones con los reinos clientes (interviene en el reino judío a la muerte de Herodes el Grande, año 4 a.C., dividiéndolo entre sus hijos), anexionando algunos territorios (*Galacia*), y fortaleció la provincia de *Siria* ante un eventual enfrentamiento con los partos; en Centroeuropa, ocupó las regiones de los Alpes y realizó campañas por los Balcanes, creando las provincias de *Mesia*, *Dacia* y *Pannonia*; impulsó varios planes de conquista de Germania (12 a.C.-9 d.C.), dirigidos por sus hijastros Druso y Tiberio, que llevaron las armas romanas hasta el río Elba, hasta que la aniquilación de tres legiones al mando del legado P. Quintilio Varo en Teutoburgo (9 d.C.) frenó temporalmente las campañas en la zona; pacificó las últimas regiones de la Península Ibérica en una larga y costosa guerra contra los cántabros y los astures (27-19 a.C.). Su propaganda, sin embargo, presentó su principado como un periodo de paz: Augusto cerró simbólicamente el templo de Jano (24 a.C.) y decretó la *pax Augusta*, un nuevo período libre de guerras civiles. Junto a ello, implantó un culto al emperador por todo el imperio, como una forma de lealtad a la autoridad del príncipe en las provincias.

Asentado su poder y reordenada la administración, el último problema de Augusto sería la sucesión. Augusto se encontraba en una posición completamente irregular, por lo que no era sencillo establecer las formas en las que ese poder podía legarse a otra persona. Su intención fue siempre encontrar un sucesor dentro de su propia familia, pero los diferentes candidatos (su yerno Marcelo, su otro yerno y colaborador Agripa, sus nietos Lucio y Cayo y su hijastro Druso) fueron muriendo por diversas causas. El elegido fue finalmente su otro hijastro, Tiberio, hijo de su tercera esposa, Livia, a quien adoptó (4 d.C.); Tiberio había desempeñado cargos militares y políticos para Augusto, y había participado en las guerras en Germania. En el año 13 d.C., se investió a Tiberio de poderes semejantes a los de Augusto (*imperium proconsulare*, *tribunicia potestas*), lo que facilitó la sucesión cuando, al año siguiente, Augusto murió.

3.2. Los Julio-Claudios (14-68)

El ascenso de Tiberio supuso el establecimiento de la primera dinastía imperial en Roma, la Julio-Claudia (por ser descendientes de Augusto, de la *gens* Julia, y Livia, que había estado casada con Ti. Claudio Nerón). Durante este periodo, el principado comenzó a funcionar cada vez más como una monarquía, aunque el sistema republicano seguía funcionando, conviviendo con la administración imperial. Frente al intento de equilibrio institucional pretendido por Augusto, algunos de sus sucesores prefirieron un poder cada vez más autoritario, lo que provocó el enfrentamiento con el Senado y la clase senatorial, para quienes el principado representaba una fuerza cada vez más tiránica y despótica; comenzó, por tanto, una dinámica de conspiraciones contra el *princeps* y, para asegurarse el éxito, se apoyarían en las fuerzas militares disponibles en el imperio: las cohortes pretorianas que guardaban Roma o los ejércitos fronterizos, cuyos comandantes se convertían en aspirantes al principado. El sistema sucesorio, por tanto, se vio determinado por las legiones, que nombraban emperadores, y por el Senado, que los ratificaba.

Tiberio (14-37). Militar y gobernante muy capaz, Tiberio Julio César era hijo de Livia (tercera esposa de Augusto) y Ti. Claudio Nerón, y fue adoptado por Augusto en el año 4 para facilitar la sucesión. Al llegar al poder, buscó un mayor entendimiento con el Senado, confiándole la elección de los magistrados y los juicios de lesa majestad (delitos de alta traición contra el estado o contra el *princeps*). Esas buenas relaciones, sin embargo, pronto se enfriaron. Tiberio trató de paliar los severos problemas financieros del imperio, y por ello redujo la actividad militar al control de las fronteras y al combate contra las sublevaciones en las provincias, abandonando las campañas expansivas y utilizando más la diplomacia. En el interior, debió hacer frente a serios conflictos familiares que complicaron la sucesión: Tiberio había adoptado a su sobrino Germánico, pero éste murió en Oriente (19), y poco después murió su propio hijo, Druso (23); amargado, Tiberio se retiró a un exilio voluntario en Capri, lo que permitió que surgiesen conspiraciones en Roma: L. Elio Seyano, prefecto de pretorio, urdió una trama para hacerse con el poder que fue descubierta;

Seyano fue ejecutado, pero la represión posterior contra sus seguidores dañó todavía más la imagen de Tiberio. A su muerte, el único candidato disponible era el hijo pequeño de Germánico, Cayo, con el apoyo de Macrón, el nuevo prefecto de pretorio.

Calígula (37-41). En su breve principado, C. Julio César Augusto Germánico (apodado Calígula por las botas militares, *caligae*, que llevaba de niño) convirtió la figura del *princeps* en la de un tirano: impulsó el culto al emperador que había establecido ya Augusto pero ahora con manifestaciones divinas; sometió a la clase senatorial a un continuo ataque, ejecutando a muchos por juicios de lesa majestad y expropiando sus fortunas; realizó todo tipo de actos extravagantes, derrochando el tesoro público ahorrado por Tiberio; descuidó la política exterior e intentó una fallida invasión de Britania. Finalmente fue asesinado por una extensa conjura que incluía a senadores, caballeros y al prefecto de pretorio.

Claudio (41-54). En medio de la convulsión, fue la guardia pretoriana la que estableció la sucesión: proclamó como *imperator* a Claudio (Tiberio Claudio César Augusto Germánico), hermano de Germánico, un hombre mayor (52 años) que había sobrevivido a las conjuras palaciegas por el desprecio de la familia imperial (tartamudo, débil físicamente y tomado por estúpido por su propia madre, Antonia); relegado de las actividades públicas durante toda su vida, se dedicó a estudiar y se convirtió en un erudito experto en la historia romana. Su ascenso al poder reveló un hombre capaz y organizado, honrado y responsable, que devolvió brevemente la calma y la estabilidad al imperio. Claudio reforzó la administración central y la burocracia mediante la participación de los caballeros, y trató de fortalecer el poder del príncipe reaccionando contra cualquier elemento perturbador de su autoridad o de la seguridad: se tiene noticia así de la primera expulsión de los judíos cristianos de Roma (49), y también de progresivos conflictos con el Senado (procesos y condenas). En el exterior, Claudio invadió Britania con éxito y creó allí una nueva provincia. Concedió la ciudadanía romana a los provinciales veteranos en las legiones auxiliares, y promovió la incorporación al Senado por vez primera de élites no itálicas, con la incorporación de algunos miembros de la aristocracia de la *Galia* romana. Para la sucesión, Claudio terminó adoptando al hijo de su última esposa, Agripina la Menor (hermana de Calígula y por tanto sobrina suya); esta, decidida a que su hijo heredase el principado, envenenó a Claudio y consiguió que la guardia pretoriana apoyase el nombramiento.

Nerón (54-68). Con solo 17 años, Nerón (Nerón Claudio César Augusto Germánico) fue proclamado *imperator* por los pretorianos. Contaba con el apoyo de su preceptor, L. Anneo Séneca, y del prefecto de pretorio, Afranio Burro, que le secundaron en una deriva cada vez más despótica. Aunque su principado comenzó en la más estricta observación de la tradición y las normas, pronto derivó hacia prácticas absolutistas para someter al Senado. En el exterior, el principal problema provenía del reino parto, que había extendido su influencia sobre el vecino reino de Armenia; Nerón reaccionó lentamente, y aunque las legiones invadieron Armenia y alcanzaron su capital, prefirió una solución pactada que dejaba la región en manos de los partos en la práctica. En el interior, su gobierno se volvía cada vez más arbitrario y caprichoso, lo que alimentaba las conspiraciones. Su amante, Sabina Popea, ejercía tal influencia sobre él que le convenció para asesinar a su madre Agripina, pero él mismo tuvo que sofocar algunos intentos de asesinato (conjura de C. Calpurnio Pisón, 65) que condujeron a sangrientos episodios de represión. Algunos grandes comandantes del ejército fueron asesinados en esas purgas, lo que le valió el rencor de las legiones, y sus viejos consejeros fueron también eliminados (Séneca, 65). En el año 68 estalló un levantamiento de las legiones en la Galia, con el apoyo de S. Sulpicio Galba, gobernador de la *Hispania Citerior*, y de Salvio Otón, gobernador de Lusitania. La tropas del Rin que habían acudido a sofocar la revuelta se pasaron al levantamiento y atrajeron también a la guardia pretoriana; todos ellos apoyaban a Galba como sucesor. Nerón huyó de Roma y poco después se suicidó.

EL ALTO IMPERIO (68-285)

La sucesión de Nerón, desatada en medio de conspiraciones, asesinatos y revueltas provinciales, generó un periodo de inestabilidad que se conoce como “el año de los cuatro emperadores” (68-69). Galba fue nombrado *imperator* por los pretorianos, pero rápidamente perdió apoyos entre las tropas y se enfrentó a su aliado, Otón; éste consiguió que la guardia pretoriana asesinase a Galba y le proclamaran a él *imperator*, pero las tropas del Rin habían nombrado a su propio legado, Aulo Vitelio, por lo que el imperio se encontró por vez primera con dos emperadores designados. Vitelio avanzó sobre Roma y derrotó a Otón, quien se suicidó; el nuevo emperador ocupó Roma con sus tropas, pero rápidamente se ganó el rechazo del Senado y el pueblo por su política corrupta y su violenta represión. Mientras tanto, en las provincias de Oriente se gestó un nuevo pronunciamiento: los gobernadores de varias provincias nombraron *imperator* a **T. Flavio Vespasiano**, comandante militar de origen itálico que había sido enviado por Nerón a sofocar una revuelta estallada en Judea (67-70); nombrado en julio del año 69, Vespasiano envió las legiones de Oriente y el Danubio a Italia, que derrotaron a Vitelio y pacificaron el país. Entonces, Vespasiano dejó las operaciones militares al mando de su hijo Tito y se dirigió a Italia, con amplio apoyo entre los gobernadores y comandantes de Oriente.

4.1. Los Flavios (69-96)

Vespasiano (69-79). Procedente de una familia modesta de origen sabino, Vespasiano labró su ascenso en una brillante carrera militar. A su llegada al poder, trató de consolidar el poder absoluto del emperador, librándolo de su disfraz republicano: asumió el título de *Imperator Caesar Augustus* (que desde este momento se convertiría en la fórmula oficial de la titulación imperial), así como el *imperium maius* y la *tribunicia potestas* en bloque; proclamó herederos a sus hijos y asoció al mayor, Tito, al trono, con plenos poderes. Durante su breve gobierno, Vespasiano reformó los estamentos sociales, reorganizó las finanzas y embelleció Roma con nuevos monumentos (entre ellos el Coliseo). Trató de impulsar la integración de las provincias concediendo el derecho latino a numerosas ciudades provinciales, que se organizaron en *municipia*, como las ciudades itálicas. Reforzó las tropas en las fronteras más conflictivas (Rin y Danubio, Oriente), y comenzó a crear un sistema defensivo de fortificaciones para el acuartelamiento de las legiones, que sería la base del futuro *limes*.

Tito (79-81). Hombre muy capaz y asociado al poder desde muy pronto, Tito (Tito Flavio Sabino Vespasiano) dio muestras de ser un gran organizador y un competente militar (había sofocado con éxito la revuelta judía, año 70, que terminó con el saqueo de Jerusalén y la destrucción del gran templo de Herodes), pero murió muy pronto como para consolidar su mandato; apenas tuvo tiempo para continuar la labor de su padre en la administración y en las fronteras. En su época se produjo la erupción del Vesubio que sepultó las ciudades de Pompeya y Herculano (79).

Domiciano (81-96). Continuador de las políticas de su padre y su hermano, Domiciano (Tito Flavio Domiciano) se preocupó por reforzar la administración imperial y mantener la estabilidad de la frontera del Rin y el Danubio, creando las provincias de *Germania inferior* y *superior* y enfrentándose a los dacios (dirigidos por el caudillo Decébalos) que amenazaban la provincia de *Mesia*. Este comienzo moderado dio pronto paso a una tendencia más absolutista: Domiciano comenzó a acaparar cargos (especialmente el de censor, lo que le permitía influir en la delimitación de las clases sociales y la pertenencia de los ciudadanos a ellas) y a exigir el tratamiento de “señor y dios” (*dominus et deus*), lo que rápidamente le enfrentó con la clase senatorial; surgieron levantamientos militares e intentos de asesinato contra él, que aplastó sin contemplaciones, hasta que una compleja conspiración, en la que estaban implicados los prefectos de pretorio, senadores y hasta la propia emperatriz, acabó con su vida.

4.2. Los Antoninos (96-192)

Nerva (96-98). Tras el asesinato de Domiciano, se ofreció el poder al senador M. Coceyo Nerva, muy respetado dentro de la clase senatorial, quien impulsó el sistema de adopción para facilitar la sucesión, frente a la herencia, tratando de escoger y adoptar al mejor candidato posible. Nerva pasaba de los 70 años y no tenía hijos, por lo que adoptó y asoció al trono a su general más competente, Trajano, lo que le dio el apoyo del ejército. Su breve reinado supuso una reconciliación entre el Senado y el emperador.

Trajano (98-117). Legado en Germania, M. Ulpio Trajano era originario de Itálica y miembro de una familia vinculada al ejército. Mantuvo la paz con el Senado pero sin dejar de avanzar hacia un poder imperial cada vez más absoluto. Gobernante capaz y comprometido, vigilaba con celo a sus gobernadores y legados, e instituyó los alimenta, un sistema de préstamos a bajo interés para los campesinos con cuyos réditos se financiaba la manutención de niños pobres. En política exterior, el imperio alcanzó su mayor extensión: derrotó a los dacios en varias guerras (101-102 y 105-106) y convirtió su territorio en una provincia, *Dacia*, pero su principal esfuerzo se destinó a Oriente, a un intento de conquista del reino parto: las G. Partas (114-117) llevaron a las legiones hasta el Golfo Pérsico, tras haber derrotado a los partos y haber capturado sus principales capitales (Ctesifonte), lo que permitió crear tres nuevas provincias, *Armenia*, *Mesopotamia* y *Asiria*. La reacción parto, sin embargo, y las emergencias estalladas en otras partes del imperio (Chipre, Egipto, Judea), obligaron a Trajano a retroceder. Enfermo, dejó el mando en Oriente a su legado en Siria, Adriano, al que adoptó, y murió en Asia Menor durante el viaje de regreso a Roma.

Adriano (117-138). Familiar de Trajano y originario también de Itálica, P. Elio Adriano, no había sido nombrado oficialmente por Trajano como sucesor, pero su adopción y el apoyo de las legiones de Oriente facilitaron su aceptación por el Senado. Adriano, hombre culto y de tendencias filohelenas, reorganizó profundamente la administración del imperio, creando un *consilium principis* (consejo asesor del príncipe en materia jurídica), reformando la codificación de la ley mediante el “Edicto perpetuo” (documento que resumía los edictos de los anteriores pretores), dando forma al *cursus honorum* administrativo que la clase ecuestre debía seguir dentro de la administración imperial, y gobernando cada vez más por decretos personales (*edicta*, *decreta*). En el exterior, Adriano prefirió la defensa armada a la ofensiva, por lo que buscó soluciones diplomáticas a los principales conflictos (abandonó *Mesopotamia* y *Armenia* como parte de un acuerdo con los partos) e impulsó la política de fronteras fortificadas, lo que supuso la organización y sistematización del limes con la construcción de potentes defensas (por ejemplo, “Muro de Adriano”, en Escocia) y la creación de legiones fronterizas estables. A pesar de su política conciliatoria, tuvo que sofocar diversas revueltas, la más virulenta la estallada en Judea (revuelta de Bar Kochba, 132-135) por su plan de construir una colonia romana sobre las ruinas de la Jerusalén destruida por Tito. Adriano sofocó la revuelta en sangre, fundó la colonia (*Aelia Capitolina*) y prohibió a los judíos entrar en Jerusalén, lo que dio comienzo a una nueva diáspora (dispersión) judía; la provincia fue reorganizada y ocupada por dos legiones. En sus últimos años, Adriano enfermó repetidas veces, lo que despertó el problema sucesorio: sin hijos, adoptó a uno de sus hombres de confianza, Arrio Antonino, antes de morir.

Antonino Pío (138-161). Miembro de una familia senatorial y destacado colaborador de Adriano, Antonino (Tito Aurelio Fulvio Boyonio Arrio Antonino) accedió al poder ya maduro, y se reveló como un gran gobernante, capaz de mantener la paz y el equilibrio internos y externos. Continuó la política de sus predecesores con respecto a la asistencia a los desfavorecidos, la consolidación de la administración imperial y la defensa de las fronteras. A pesar de algunas revueltas provinciales y ciertas presiones en el limes, su gobierno supuso un periodo de paz y estabilidad que permitió al tesoro público ahorrar, fondos que empleó en asistir a las finanzas de las ciudades de la parte occidental del imperio, más deprimidas económicamente que las ciudades de Oriente. A su llegada al poder (138), y a instancias de Adriano, había adoptado a su sobrino, M. Anio Vero, y al hijo de un colaborador de Adriano, Lucio Vero, de forma que a su muerte Anio asumió el poder sin contratiempos.

Marco Aurelio (161-180). Anio, que había cambiado su nombre tras su adopción (Marco Aurelio Antonino Augusto), había sido asociado al poder por Antonino desde muy pronto. Más intelectual que hombre de gobierno o de ejército, comenzó su reinado asociando al poder a su hermanastro Lucio Vero, pero en calidad de corregente; es el primer caso de colegialidad en el poder dentro del imperio, que se explica por la creciente complejidad del gobierno imperial y la imposibilidad de afrontar todas las gestiones por una única persona, pero que se rompió a la muerte de Vero en 169. A pesar de que el crecimiento de la burocracia imperial favorecía a la clase ecuestre, Marco Aurelio mantuvo una excelente relación con el Senado, y consiguió siempre suficiente apoyo a sus medidas. Estableció una nueva escala de títulos oficiales para los miembros de las clases altas (los senadores serán denominados *clarissimi*; los ecuestres, en orden de rango creciente, *egregii*, *perfectissimi* o *eminentissimi*). Sin embargo, la ralentización e incluso paralización de las conquistas y el progresivo paso del imperio a una estrategia defensiva supusieron la entrada en una dinámica recesiva y el comienzo de un periodo de dificultades económicas, que se vieron agravadas por dos grandes guerras que dilapidaron las reservas del tesoro imperial: la G. Parta (161-166) estalló por la ofensiva parta sobre Armenia y la ocupación de las provincias orientales, con diversas derrotas romanas hasta que se confió la guerra a generales capaces (Avidio Casio, al que se concedió un *imperium maius* sobre todo Oriente) que consiguieron expulsar a los partos del imperio e incluso invadir Mesopotamia y saquear Ctesifonte, hasta que el rey pidió la paz; las G. Marcomanas (167-174), motivadas por la migración de pueblos germánicos (cuados, marcomanos y sármatas, empujados por godos, vándalos y burgundios procedentes de la región del Báltico), desestabilizaron el limes danubiano y mostraron la debilidad de las defensas romanas; Marco Aurelio dirigió en persona las operaciones, y, una vez lograda la paz, empleó por vez primera a colonos de origen germánico para repoblar las provincias fronterizas devastadas, que servirían también como reserva militar al servicio de Roma, estableciendo un precedente. Marco Aurelio se enfrentó un intento de usurpación por parte de Avidio Casio, que se nombró emperador (175) pero fue asesinado por sus propias tropas, lo que impulsó a Marco Aurelio a pensar en la sucesión, asociando a su hijo Cómodo al trono (176).

Cómodo (180-192). Nombrado emperador con apenas 19 años, Cómodo (L. Aurelio Cómodo Antonino) comenzó su reinado rodeado de consejeros y asesores designados por su padre, pero una conspiración en 182, en la que estaba involucrada su hermana Lucila, generó un cambio hacia un reinado represivo que las fuentes presentan como tiránico y despótico. Cómodo, que insistió en la divinidad de su persona, humilló y purgó al Senado y se rodeó de favoritos que empeoraron esa actitud extravagante y violenta, pero que fueron finalmente asesinados, acusados ellos mismos de conspirar contra el emperador. Por fortuna para él, las fronteras permanecieron en general tranquilas, y los incidentes se producían más bien por revueltas o desórdenes dentro de las provincias a causa de las dificultades económicas y la pobreza. Finalmente, una nueva conspiración, en la que participó el prefecto de pretorio, Emilio Leto, acabó con su vida.

4.3. Los Severos (193-235)

La muerte de Cómodo desencadenó una crisis de poder y una guerra civil (“año de los cinco emperadores”). El trono fue ofrecido al senador P. Helvio Pértinax (193), que trató de restaurar el orden pero fue asesinado por los pretorianos apenas 3 meses después de su nombramiento, quienes a continuación eligieron a Didio Juliano; el nuevo emperador, sin embargo, se enfrentó a tres pronunciamientos militares simultáneos, en Panonia (**L. Septimio Severo**), Britania (Décimo Clodio Albino) y Siria (C. Pescennio Níger). Severo era el más próximo a Roma, por lo que, con el apoyo de las legiones del limes danubiano y renano, invadió Italia y ocupó la capital (Didio Juliano fue asesinado). Nombrado emperador y dueño de Roma, Severo se enfrentó a los otros dos rivales: primero asedió y derrotó a Níger en Bizancio (Níger fue asesinado en 194), y después a Albino en la Galia (197). En la represión que siguió (algunos miembros del Senado habían apoyado a sus rivales), Severo se proclamó a sí mismo hijo de Marco Aurelio y hermano de Cómodo, con el fin de legitimar su poder vinculándose a la dinastía Antonina. La guerra civil supuso un serio golpe económico y dejó grandes ciudades y extensas regiones (sobre todo en Oriente) devastadas.

Septimio Severo (193-211). Severo pertenecía a la élite de las provincias africanas, y había hecho carrera en el ejército. Gran gobernante, se lanzó a la tarea de reconstruir el imperio y su administración, y para ello contó con el apoyo del Senado, al que incorporó a las élites de las provincias orientales y africanas. Su esposa, Julia Domna, de origen sirio, ejerció un extraordinario poder e influencia sobre la corte. Severo desarrolló también la tradicional política de dádivas y obras benéficas de los príncipes precedentes, así como la política constructora y monumentalizadora. La reforma del ejército fue su principal preocupación, para evitar nuevos pronunciamientos como el que le había llevado a él al poder: purgó la guardia pretoriana con veteranos de sus legiones danubianas, creó tres nuevas legiones (párticas), móviles, para uso directo del emperador, e impulsó la creación de unidades de auxiliares (*auxilia*, provinciales no romanos) y de bárbaros (germanos); mejoró las condiciones del soldado (mejor paga, mejores formas de promoción y ascenso, mejores instalaciones en los campamentos) y la jubilación de los veteranos. Empezó una guerra contra los partos (197-199) que culminó en el saqueo de Babilonia y Ctesifonte y la refundación de la provincia de *Mesopotamia*. Todas estas políticas, sin embargo, conllevaban enormes gastos, por lo que el tesoro imperial entró en un permanente estado de déficit, y se vio obligado a incrementar la presión fiscal (impuestos) y a intervenir en la economía de las provincias; la presión recayó ante todo sobre las ciudades y sobre las clases altas. Asoció desde el principio al poder a sus dos hijos, primero a Caracalla, al que nombró *César* (heredero al trono) en 193 y luego *Augusto* (corregente) en 198, con apenas 10 años, y al que cambió el nombre (L. Septimio Bassiano) por Marco Aurelio Septimio Antonino para reforzar el vínculo con la dinastía precedente; y después a su hijo menor, Septimio Geta, nombrado *César* en 198 y *Augusto* en 209. Septimio Severo murió durante una campaña en Britania contra las tribus escocesas, que reforzó la línea defensiva construida por Adriano.

Caracalla (211-217). Puesto que ambos habían sido nombrados *Augustos*, Caracalla (Marco Aurelio Severo Antonino Augusto) y Geta (P. Septimio Geta) ascendieron al poder como corregentes, muy jóvenes. Al año siguiente, sin embargo, Caracalla ordenó matar a su hermano (212), y quedó por tanto como gobernante en solitario, desatando un régimen de terror contra los partidarios de su hermano y confiscando sus bienes con el apoyo de la guardia pretoriana. En 212 promulgó un edicto imperial (*Constitutio Antoniniana*) que concedía la ciudadanía romana a todos los habitantes libres del imperio, lo que tuvo como efecto aumentar el número de contribuyentes a los impuestos imperiales, pero que era también la culminación de un largo proceso de progresiva extensión de la ciudadanía. El edicto de ciudadanía pone de manifiesto los problemas económicos del imperio, que habían llevado a una progresiva devaluación de la moneda de plata (denario) durante los reinados precedentes; Caracalla llegó al extremo de crear una nueva moneda, el *antoninianus*, que llegó a tener apenas un 5% de plata. A pesar de estos problemas financieros, los gastos continuaban: Caracalla combatió contra los germanos en el limes danubiano y lanzó una campaña contra los partos en 216 que sembró la destrucción y el caos en las provincias orientales; la ofensiva tuvo éxito inicial, pero Caracalla fue asesinado en 217, a punto de reanudar la campaña, a instancias del prefecto de pretorio, Marco Opelio Macrino. Macrino se nombró emperador y trató de vincularse a la dinastía Severa adoptando su nombre, pero no gozaba del apoyo del ejército, y, tras verse obligado a negociar una tregua humillante con el reino parto, fue derrotado y muerto por los partidarios de los severos en Antioquía.

Heliogábalo (218-222). Vario Avito era primo de Caracalla por parte de su madre, y uno de los últimos miembros de la familia Severa; con apenas 14 años, era gran sacerdote de El-Gabal, divinidad solar de Emesa (Siria), de ahí el sobrenombre con el que se le conoce (Heliogábalo), y se había salvado de la purga de Macrino. Sus seguidores le situaron en el trono tras la muerte de Macrino, aunque nunca ejerció el poder y se dedicó a impulsar el culto de esta divinidad oriental, y en su lugar gobernaban su abuela Julia Mesa y su madre Julia Soemias. Sus excesos y depravaciones le valieron pronto el rechazo del Senado. Para conservar el poder, su abuela le obligó a adoptar a su primo Alexiano, y posteriormente le eliminó a él y a su madre.

Severo Alejandro (222-235). Alexiano había cambiado su nombre por su adopción (Marco Aurelio Severo Alejandro), pero era un joven débil y sin voluntad, que fue rápidamente dominado por su abuela y por su madre, Julia Mamaea. Ambas rodearon al príncipe de grandes juristas e

historiadores (Ulpiano, Dión Casio, Diógenes Laercio) que dieron un carácter técnico al gobierno imperial, y buscaron una recuperación moral y un mayor orden frente a los excesos de los reinados precedentes. Se restableció la religión oficial en Roma, prescindiendo de los cultos orientales, en un ambiente de tolerancia que favoreció a religiones minoritarias como el cristianismo. La muerte de la matriarca, Julia Mesa, en 226, supuso el comienzo del declive del reinado y de la propia dinastía: una revuelta dentro del reino parto supuso el ascenso de la dinastía persa sasánida (Ardashir), que se apoderó del trono parto e inició una nueva ofensiva contra Roma (230-232), invadiendo la provincia de *Mesopotamia*; las legiones consiguieron, con grandes pérdidas, restablecer la situación, pero en 233 los alamanes cruzaron el Rhin y desataron una crisis en el limes renano, que exigió la presencia del propio emperador. Severo Alejandro trató de comprar la paz a los germanos, lo que puso a las legiones en su contra: en 235, el emperador y su madre fueron asesinados en un motín liderado por el oficial Maximino el Tracio.

4.4. La anarquía militar (235-285)

Tras la muerte de Severo Alejandro se abre un periodo de inestabilidad política y militar, en la que se suceden una veintena de emperadores legítimos y medio centenar de usurpadores. La falta de herederos o candidatos estables desata una violenta competición por el poder en la que los pretendientes al trono emplean las legiones para imponerse por la fuerza, lo que supone un permanente estado de guerra civil que se conoce como la “Anarquía militar”. La presión externa aumenta también, aprovechando la debilidad del poder imperial romano, y las tribus germánicas en Europa y los persas en Oriente lanzan continuas ofensivas que reducen por vez primera en siglos la extensión del imperio, amenazado seriamente con descomponerse.

Entre 235 y 253, los emperadores se suceden en medio de constantes guerras y la amenaza de numerosos usurpadores: Maximino (235-238), Gordiano III (238-244), Filipo el Árabe (244-249) y Trajano Decio (249-251) mantienen el poder a duras penas y son asesinados por sus tropas o por conspiraciones urdidas por sus generales o la guardia pretoriana. La inestabilidad fronteriza aumenta con la aparición de los godos en el Danubio y la ofensiva persa del rey Shapur I contra Mesopotamia, que obliga a costosas campañas militares y fuerza en ocasiones vergonzosas derrotas y rendiciones. En el año 253, el caos desatado por cuatro usurpadores distintos terminó por alzar al poder al senador **Valeriano**, comandante de las legiones del Rhin.

Valeriano y Galieno (253-268). Valeriano nombró corregente a su hijo **Galieno**, y trató de estabilizar el poder imperial. Bajo su reinado, el imperio tocó fondo, pero comenzó también una lenta recuperación. Valeriano restauró la paz en África y en la frontera danubiana, pero cuando lanzó una campaña contra los persas fue derrotado y capturado en Edesa (260); su captura amenazó con romper el imperio: los persas avanzaron contra Siria y las provincias orientales, godos y francos rompieron el limes renano y danubiano y penetraron en el imperio, y se sucedieron nuevos usurpadores en los ejércitos fronterizos (una larga lista de generales que en las fuentes se conocen como los “Treinta Tiranos”); uno de ellos, **Póstumo**, se hizo con el control de todas las provincias occidentales (*Hispania, Galia, Britania, Germania*), sin que Galieno pudiese evitarlo, y formaron una entidad independiente de Roma (“Imperio de las Galias”, 260-273); simultáneamente, Odenato, comandante de los ejércitos romanos en Oriente nombrado por Galieno, construyó un reino propio con centro en Palmira que fue independiente entre 262 y 272, gobernado a su muerte por su viuda Zenobia (Reino de Palmira). Galieno emprendió profundas reformas financieras y militares para tratar de restaurar la situación, pero fue asesinado en 268 por sus oficiales.

Los emperadores ilirios (268-285). Los siguientes emperadores, la mayoría de origen ilirio, conseguirán lentamente reunificar el imperio: **Aureliano** (270-275) reconquista Palmira (272), recupera las provincias occidentales (fin del Imperio de las Galias, 273), y restablece el orden en el *limes*, pero a su muerte se recrudece la lucha por el poder con nuevos usurpadores. Dentro de esas luchas, es nombrado emperador en 284 el comandante Diocleciano.

EL BAJO IMPERIO (285-476)

El imperio saldrá paradójicamente reforzado de la crisis del siglo III: el ejército y el sistema financiero son reformados, y se inaugura un nuevo modelo de monarquía, más absoluta y legitimada por derecho divino (primero el Sol Invicto y después el Dios cristiano). El imperio seguirá sacudido por las presiones externas (godos, germanos, persas) y dominado por las luchas de poder, pero aparecen nuevos emperadores que son grandes gobernantes y figuras de gran prestigio. El imperio, que ya ha sido fragmentado una vez, va a debatirse a partir de ahora entre la necesidad de escindirse para su mejor gobierno y la ambición imperial de gobernar en solitario.

5.1. La Tetrarquía (285-312)

Diocleciano (Cayo Aurelio Valerio Diocleciano Augusto) reunifica el imperio, derrotando a los últimos rivales, en 285, y forja un sistema de sucesión nuevo para tratar de atajar las usurpaciones. Nombra *Augusto* a un colaborador suyo, **Maximiano**, y le confía el gobierno de las provincias occidentales del imperio, mientras que él se reserva las orientales, lo que en la práctica supone la división del imperio en dos mitades, con dos emperadores de igual estatus (Diarquía); para garantizar la estabilidad del sistema, ambos *Augustos* nombrarán sus propios sucesores (293), con el título de *Césares*: **Constancio Cloro** en Occidente y **Galerio** en Oriente; a los *Césares* se les concederán también provincias para administrar, por lo que en la práctica habrá cuatro gobernantes simultáneos, aunque con distinto estatus, para cuatro regiones del imperio (Tetrarquía); el imperio permanece unido únicamente por la superior *auctoritas* de Diocleciano, que tiene poder sobre los demás. Los tetrarcas muestran una estrecha colaboración en los primeros años, pacificando el imperio y restableciendo el orden en las fronteras, y pondrán en marcha el sistema de sucesión de manera pactada: en 305, ambos *Augustos* renuncian al poder y lo entregan a sus *Césares*, que se convierten en *Augustos* y nombran a su vez a sus propios *Césares*, **Maximino Daya** en Occidente y **Severo** en Oriente.

Durante su mandato, Diocleciano reformó profundamente el ejército, creando nuevas legiones pero de menor tamaño para poder actuar con mayor movilidad y creando tropas específicas para la defensa del limes, los *limitanei*. Reformó también las provincias, ampliando su número a base de dividir las ya existentes, y se reservó el poder de nombrar a los gobernadores de todas ellas; a continuación, creó las diócesis, doce unidades territoriales formadas por un número determinado de provincias y al mando de un *vicarius*; y por último estableció las prefecturas, cuatro grandes unidades territoriales (Galia, Italia, Iliria y Oriente), controladas por un prefecto de pretorio. Diocleciano reformó también los impuestos y el sistema monetario, y trató de consolidar y sacralizar la figura del emperador persiguiendo todas las creencias que se considerasen sediciosas o sospechosas de desobediencia, entre ellas la cristiana, que se había extendido por el imperio y entre clases cultas y de la administración (persecución contra el cristianismo: 303-311).

La sucesión de 305, sin embargo, hizo estallar el sistema tetrárquico: el escoger a colaboradores, se dejó de lado a los hijos de Constancio Cloro (Constantino) y Maximiano (Majencio), que aspiraban a entrar en la sucesión; en 306, a la muerte de Constancio Cloro las tropas aclamaron *Augusto* a Constantino, mientras que Majencio fue proclamado *César* por las suyas, por lo que se vulneró el sistema sucesorio. A la muerte de Severo (308), se nombró *Augusto* a Licinio, y hubo cuatro *Augustos* (Galerio, Constantino, Licinio y Maximino Daya) y un *César* (Majencio) a la vez; la muerte de Galerio (311) precipitó una escalada entre los contendientes, que primero trataron de eliminar a Majencio: Constantino se enfrentó a él y le derrotó en Roma (batalla del Puente Milvio, 312), bajo el símbolo cristiano que había adoptado a consecuencia de un sueño. Constantino abrazó la religión cristiana, al menos como estrategia de gobierno, y se convirtió en *Augusto* de Occidente. Al año siguiente (313) se reunió con Licinio, quien había eliminado a Maximino Daya y se había convertido en *Augusto* en Oriente, y juntos se repartieron el imperio y proclamaron la libertad de culto en el imperio (Edicto de Milán).

5.2. Los Constantinianos (312-364)

Constantino el Grande (312-337). El Edicto de Milán ponía fin a las persecuciones religiosas y permitió al cristianismo seguir prosperando. Constantino favoreció a esta doctrina por encima de otras, empleándola como una herramienta más de poder y control, y favoreció su expansión por la zona occidental del imperio. En 325, reunió un gran concilio cristiano en Nicea en el que consiguió que los obispos cristianos definiesen el marco de la ortodoxia cristiana y su sistema de creencias, comenzando así la lucha contra las innumerables doctrinas y corrientes cristianas, que fueron consideradas a partir de entonces heréticas. En 324, el equilibrio con Licinio se rompió: ambos emperadores se enfrentaron en una guerra civil que ganó Constantino y le permitió unificar nuevamente el imperio y gobernar en solitario. Ese año, sobre la vieja colonia griega de Bizancio fundó una nueva ciudad, Constantinopla, destinada a convertirse en la capital de la parte oriental, y que embelleció con colosales proyectos arquitectónicos y obras de arte expoliadas de toda Grecia. Constantino reformó el sistema provincial, el ejército y el sistema monetario (creando una nueva moneda de oro, el *solidus*), y consolidó la monarquía autoritaria de derecho divino que había surgido de la crisis del siglo III, regresando al sistema sucesorio por herencia. Sin embargo, murió antes de haber dejado asegurada la sucesión.

Sus tres hijos, Constantino, Constancio y Constante, fueron nombrados *Augustos* (con lo que el poder se dividió nuevamente) y se repartieron el imperio. Oriente correspondió a **Constancio II**, y Occidente a **Constantino II**, pero en 340 se enfrentaron y Constantino fue eliminado, con lo que **Constante** pasó a gobernar la parte occidental. Constante encontró numerosos problemas para asentar su poder, fundamentalmente por el arraigo de doctrinas religiosas que canalizaban el descontento de las clases bajas y provocaban desórdenes y revueltas, y en el año 350 fue asesinado cuando surgió un usurpador en la Galia, Magnencio, quien gobernó en Occidente hasta que Constancio intervino, derrotándolo y reconquistando Italia y la Galia (353). Así pues, Constancio reunificó el imperio y, partidario de la doctrina arriana, se dedicó a combatir las doctrinas heréticas y a luchar contra el paganismo, que sobrevivía en amplios sectores de la sociedad y del imperio. Todos estos conflictos aprovecharon la relativa tranquilidad del *limes* y la ausencia de ofensivas persas en Oriente, aunque esa calma se rompería pronto: para combatir a los alamanes, en 355 nombró *César* a su primo Juliano, pero sus tropas nombraron a este *Augusto* en 360; Constancio no le reconoció, lo que dio comienzo a la guerra civil. Constancio murió en 361, cuando ambos ejércitos avanzaban para enfrentarse.

Juliano “el Apóstata” (361-363). Juliano quedó al frente del imperio, y emprendió de inmediato una reforma político-religiosa destinada a restaurar el poder y la influencia del paganismo, que él practicaba; impulsó el trabajo de intelectuales paganos que pudiesen discutir y derribar los dogmas del cristianismo, y por ello los intelectuales cristianos le apodaron “apóstata”, pues había roto con la política de apoyo al cristianismo de sus predecesores. En su breve reinado, trató de revitalizar la economía del imperio, reduciendo la presión impositiva, y recuperó la tradición conquistadora de los emperadores: en 363, emprendió una campaña contra los persas que llevó a una breve recuperación del control de Mesopotamia y la ocupación de Ctesifonte, pero fue herido y murió en pleno territorio enemigo, con apenas 32 años.

5.3. Los Valentinianos (363-392)

Juliano había muerto sin sucesor, por lo que un grupo de dignatarios civiles y militares escogió a Joviano, oficial poco relevante del ejército, como emperador, pero este murió unos meses después. De nuevo, las autoridades civiles y militares se reunieron para escoger a un oficial de origen panonio, **Valentiniano**, que rápidamente nombró *Augusto* a su hermano **Valente**. Ambos se repartieron el imperio, pero esta vez se dividió también el poder imperial, creando dos líneas dinásticas hermanadas; es la primera división real del imperio.

Valentiniano (364-375) gobernó en Occidente, y tuvo que hacer frente a un recrudecimiento de la presión de los germanos en el Rin y de los pictos y escotos en Britania. Partidario del cristianismo niceno, favoreció su propagación por las provincias occidentales. Asoció al trono a su hijo Graciano (368), pero a su muerte, las tropas nombraron al hijo pequeño, **Valentiniano II**,

mientras Graciano actuaba como regente. Entre tanto, Valente hubo de hacer frente al pronunciamiento del general Procopio, al que derrotó, y permitió el asentamiento de grupos godos en la región de Tracia en 375; en 378, sin embargo, los godos se rebelaron ante los abusos de los funcionarios romanos, y derrotaron a Valente en Adrianópolis. El emperador murió en la batalla, lo que dejó el imperio oriental a merced de los godos, que saquearon las provincias a placer. Graciano, ante la emergencia, nombró *Augusto* a **Teodosio**, un general de origen hispano, con el encargo de derrotar y expulsar a los godos.

En Occidente, Graciano fue asesinado en 383, y el poder quedó en manos de Valentiniano II, aunque amenazado por el pronunciamiento del general de Britania, el hispano Magno Máximo. En una larga guerra civil, Máximo terminó por invadir Italia en 387; Valentiniano recurrió a Teodosio, quien le ayudó a derrotar al usurpador y recuperar el trono de Occidente, aunque su situación era tan precaria que Teodosio permaneció varios años en Italia para garantizar el orden. El joven Valentiniano murió en 392, ahorcado.

5.4. Los Teodosianos (378-457)

Teodosio (378-395). Nombrado *Augusto* por Graciano, Teodosio trató de detener la invasión goda mediante un tratado (*foedus*, 382) por el que se les otorgaba un territorio en el Danubio para asentarse y mantener sus leyes y tradiciones, como aliados de Roma. Fue el primer reino independiente que se permitió en el interior del imperio, pero solo contuvo temporalmente las invasiones. Partidario del cristianismo niceno, Teodosio combatió el paganismo arrinconando los cultos y sacerdocios paganos y prohibiendo la práctica de sacrificios y la visita de los templos (391-392); impulsó el cristianismo ortodoxo con un edicto (Tesalónica, 380) que lo convertía en la religión oficial del imperio. En los años siguientes, Teodosio se vio forzado a intervenir en Occidente en apoyo de Valentiniano, por la muerte de Graciano y el pronunciamiento de Máximo, y decidió quedarse en Italia para garantizar el orden; tras la muerte de Valentiniano, Teodosio combatió contra el usurpador Eugenio, al que derrotó en 394, unificando de nuevo las dos partes del imperio. Sin embargo, murió pocos meses más tarde (395), dejando el poder a sus hijos, **Arcadio** (395-408) y **Honorio** (395-423), menores de edad y confiados al cuidado del general **Estilicón**, hombre de confianza de Teodosio y de origen vándalo; Arcadio recibió Oriente y Honorio, Occidente.

Occidente (395-455). Estilicón, como *magister militum* (general en jefe) de Honorio, trató de mantener ambas partes en buena relación, pero chocó con las élites romanas de Oriente, que le despreciaban. En 406, los bárbaros (suevos, vándalos, alanos y burgundios) rompieron el *limes* renano y penetraron en la Galia; para hacerles frente, Estilicón permitió que los godos del Danubio, que estaban en movimiento y habían atacado Iliria, penetrasen en la Galia, mediante un pacto con su caudillo, Alarico, pero la muerte de Estilicón en 408 provocó un completo desastre: los germanos se apoderaron de la Galia e Hispania, que dejaron de pertenecer al imperio (unos años más tarde los vándalos darían el salto a África y conquistarían Cartago); el contacto con Britania, que había nombrado emperador a un usurpador (Constantino, 407) se perdió, y los godos, sin control, penetraron en Italia y saquearon Roma (410), cosa que no sucedía desde hacía 800 años. El nuevo *magister militum*, Flavio Constancio, consiguió restablecer el orden en parte de la Galia, permitiendo a los godos (*foedus* de 418) asentarse en la región de Tolosa, donde fundaron un reino que con el tiempo ocuparía la Península Ibérica. Aupado por su relativo éxito, Flavio Constancio se casó con Gala Placidia, hermana de Honorio, y en 421 fue ascendido como co-emperador, aunque murió unos pocos meses después.

Tras la muerte de Honorio en 423, se nombró emperador al hijo de Flavio Constancio y Gala Placidia, **Valentiniano III** (425-455), con el apoyo del emperador de Oriente (Teodosio II), pero tenía apenas 8 años, por lo que su madre ejerció la regencia durante los primeros años. Durante su reinado, el imperio occidental se descompuso: Britania, en manos de los sajones, se dio por perdida en 442; los visigodos ocuparon Hispania y el sur de la Galia; en el norte de la Galia penetraron nuevos pueblos germanos (francos); los vándalos y alanos saltaron a África y controlaron Mauritania, Numidia y fundaron un reino con capital en Cartago; los burgundios

ocuparon las zonas próximas a los Alpes; Valentiniano apenas controlaba Italia y algunos fragmentos de África y la Galia, gracias a los modestos éxitos militares de su *magister militum*, Aecio. El golpe final se produjo con la llegada de los hunos, dirigidos por Atila, quien atacó primero el imperio Oriental e invadió después la parte occidental (451-453); la amenaza huna provocó que los visigodos y burgundios se aliaron con Roma, y consiguieron derrotar a Atila en la batalla de los Campos Cataláunicos (451); Atila murió en 453, y la confederación de pueblos hunos se deshizo. Celoso de su poder y prestigio, Valentiniano ordenó la muerte de Aecio en 454, pero sus seguidores le vengaron asesinando al emperador (455).

Oriente (395-457). Arcadio, poco capacitado para el gobierno, permitió que una serie de hombres fuertes gobernaran en su nombre, sobre todo Eutropio (395-399) y Antemio (400-414), quienes trataron de asentar la supremacía del imperio oriental sobre el occidental, enfrentándose a Estilicón. Abandonaron las provincias orientales a los persas, y reforzaron las defensas del *limes* danubiano para forzar a los invasores a dirigirse a Occidente. A la muerte de Arcadio, subió al trono su hijo **Teodosio II** (408-450), con apenas 7 años, y su hermana mayor, Pulqueria, actuó como regente y gobernó de hecho el imperio durante todo el reinado de su hermano; cristiana devota, impulsó el cristianismo por todos los medios, desatando una oleada represiva contra el paganismo (asesinato de Hipatia de Alejandría, 415). El imperio hubo de hacer frente a las presiones de los persas, pero sobre todo a la llegada de los hunos, que desde 430 saquearon las provincias danubianas y llegaron a alcanzar Constantinopla en sus incursiones. Teodosio se vio forzado a pagarles un tributo anual que vació las arcas del tesoro. Al mando del general Aspar, tropas romanas orientales intervinieron en los asuntos del imperio occidental, luchando contra los vándalos en África y Sicilia. A la muerte de Teodosio, sin descendencia, Pulqueria se casó con un hombre de confianza de Aspar, **Marciano** (450-457), quien se convirtió en emperador. Marciano dejó de pagar el tributo a los hunos, y se desentendió de los asuntos del imperio occidental, por lo que disfrutó de relativa paz hasta su muerte.

5.5. Los últimos emperadores de Occidente (455-476)

A la muerte de Valentiniano, el empequeñecido imperio occidental estaba a merced de los poderosos reinos bárbaros que se habían asentado en sus antiguos territorios, y amenazado por la incansable actividad militar del reino vándalo asentado en el norte de África y su rey, Genserico, quien incluso saqueó Roma en 455. El nombramiento de los nuevos emperadores quedaba en manos de los grandes militares, como Aecio y después Ricimero (general al servicio de Aecio que sería el nuevo hombre fuerte en Occidente hasta su muerte en 472), pero los caudillos bárbaros comenzaron también a intervenir, apoyando a un candidato u otro según sus intereses. Los nuevos emperadores, todos ellos hombres con pocos apoyos para cimentar un gobierno fuerte, fueron siempre dependientes de aquellos que les habían llevado al trono.

Avito (455-456) y Mayoriano (457-461) contaron con el apoyo del rey ostrogodo Teodorico, e intentaron frenar, sin éxito, la expansión de los vándalos. **Antemio** (467-472) consiguió el apoyo del imperio oriental para emprender una gran campaña contra los vándalos, pero la expedición fracasó y dilapidó los últimos recursos económicos del imperio; trató de frenar también a los visigodos de Eurico, en el último intento de un emperador romano por controlar las Galias, pero fue derrotado y finalmente asesinado por Ricimero, quien murió poco después. En los años siguientes, y a pesar de la intervención del emperador de Oriente, no se logró asentar un reinado fuerte, pues los grandes generales romanos y bárbaros disputaban por el control de un trono cada vez más insignificante. Uno de ellos, Orestes, puso en el trono a su hijo, **Rómulo Augústulo** (475), pero se enemistó con sus propios soldados; éstos acudieron a otro general, el héroe **Odoacro**, quien depuso a Augústulo (476) y, en lugar de proclamarse emperador, envió las insignias imperiales a Constantinopla, aceptó la autoridad del emperador de Oriente (Zenón) y consiguió que se le nombrase *dux* (general) de Italia; el imperio occidental dejó así de existir.